

Altobelli, Hernán Rodrigo

Clínica de los intersticios: movimientos de desadecuación: aportes de la perspectiva vincular al trabajo clínico y la construcción de dispositivos de atención terapéutica con niñas, niños y adolescentes diagnosticados con TEA

Maestría en Vínculos, Familias y Diversidad Sociocultural

Trabajo final [2022]

Cita sugerida: Altobelli HR. Clínica de los intersticios: movimientos de desadecuación: aportes de la perspectiva vincular al trabajo clínico y la construcción de dispositivos de atención terapéutica con niñas, niños y adolescentes diagnosticados con TEA [trabajo final de maestría] [internet]. [Buenos Aires]: Instituto Universitario Hospital Italiano de Buenos Aires; [2022] [citado AAAA MM DD]. 55 p. Disponible en: <https://trovare.hospitalitaliano.org.ar/descargas/tesisytr/20220712133924/trabajo-final-altobelli-hernan.pdf>

Este documento integra la colección Tesis y trabajos finales de Trovare Repositorio del Institucional del Instituto Universitario Hospital Italiano de Buenos Aires y del Hospital Italiano de Buenos Aires. Su utilización debe ser acompañada por la cita bibliográfica con reconocimiento de la fuente.

Para más información visite el sitio <http://trovare.hospitalitaliano.org.ar/>



Instituto Universitario
del Hospital Italiano



MAESTRIA EN: VINCULOS, FAMILIAS Y DIVERSIDAD SOCIO CULTURAL

TÍTULO: CLÍNICA DE LOS INTERSTICIOS.
MOVIMIENTOS DE DESADECUACIÓN.

Aportes de la perspectiva vincular al trabajo clínico y la construcción de dispositivos de atención terapéutica con niñas, niños y adolescentes diagnosticados con TEA

HERNAN RODRIGO ALTOBELLI
DNI: 26.836.439
COHORTE: 2016
DIRECTOR: JUAN VASEN

Contenido

Resumen.....	2
Una introducción posible... ..	3
El aroma del café	6
Diagnósticos y Protocolos	14
El problema de la objetividad en las ciencias sociales	17
Neutralidad y abstinencia en psicoanálisis. Esquirlas de la objetividad.	22
Acerca del chamanismo. De los límites a los bordes	23
Dispositivos Situacionales	25
En el medio.....	31
La capacidad de espera. Tiempo y Ambiente	35
De villano a héroe. De no jugar a jugar	43
Sin moralejas. Derivas al infinito	47
Garantías y riesgos	47
Casas y abrazos	48
Devenires al infinito	49
Des-coincidencias y des-adequaciones	50
Bibliografía	53

Resumen

Este trabajo de investigación surge a partir de la observación de un dispositivo de intervención terapéutica con niños y adolescentes diagnosticados con TEA en una institución de CABA. A partir de la implementación de prácticas terapéuticas centradas en restituir déficits conductuales o cognitivos, se registran en el curso de los tratamientos estados de sufrimiento psíquico derivados de la implementación de prácticas protocolizadas de intervención. Se observa a partir de ello que, los aspectos vinculares y las condiciones de existencia no son valoradas terapéuticamente y quedan reducidos a la posición de contexto, no incluyéndose al momento de pensar estrategias de abordaje posibles.

Ante esta problemática surge preguntarse por los aportes que, desde las teorías vinculares, pueden hacerse en relación al trabajo clínico en dispositivos terapéuticos de atención a niños, niñas y adolescentes diagnosticados con TEA.

Bajo el formato de ensayo, se efectuará una confrontación teórica y epistemológica entre los modos tradicionales de trabajar con pacientes con TEA y la perspectiva vincular. En el marco de estas argumentaciones, se recurrirá a escenas de la práctica profesional en el dispositivo mencionado, a efectos de articular teorías y modos de hacer clínica, con el propósito de explorar herramientas conceptuales y clínicas que enriquezcan las prácticas de intervención instituidas y su incidencia en el diseño de dispositivos.

Una introducción posible...

Se presenta como una de las posibles introducciones, porque podría haber otras tantas. Desde el inicio el problema está planteado. Capturas y fijaciones. Este trabajo intenta ser un movimiento de des-fijación, un esfuerzo por crear modos posibles de aprehender el mundo que ensayen fisuras que nos hagan sentir un poco menos capturados. Y tal vez, un poco más protegidos frente al poder de la captura, lograr posiciones teóricas excéntricas.

¿Por qué hablaría de una posición excéntrica frente a las teorías? No solo porque no hay puntos que hagan centro, porque está perdido el punto en el que confluirían todas las líneas de sentido. Sino también porque si cuestionamos la noción de teoría es en la medida en lo que ella contiene de juicio a priori. Se presenta una exigencia intelectual y afectiva en el proceso de creación de un problema, acentuado si lo que se pretende es dejarlo marcar por dimensiones políticas y colectivas.

Las teorías, en este punto crítico, permiten evitarse ese proceso funcionando como garantías. Así, se fue tejiendo una dificultad que atraviesa todo el ensayo en tanto constituye una prueba que desafía nuestros hábitos de pensamiento teñidos siempre de reflexión. Hacer el relato de una experiencia sensible, que da cuenta de una multiplicidad de gestos simples, que no tiene ninguna pretensión de validez universal y que expresa solo un trabajo local hacia surgir en mí un interrogante. ¿Qué valor tiene este relato? ¿Será suficiente para dar cuenta de un trabajo final de maestría?

Esos interrogantes son un inicio posible, pero sobre todo, la pregunta que me atravesó es porque me estaba haciendo esas preguntas. Más que un ensayo científico (¿tenía esa pretensión?), sentí que estaba contando una historia, o varias. Algo más parecido a una receta que no explica ni apunta, al modo de un protocolo estandarizado, a garantizar la reproducción de lo que se intenta lograr. Las recetas tienen algo de irreproducible, repiten, pero cada repetición arriesga y difiere.

Las recetas son “minoritarias”, ninguna puede ser tomada sino siendo retomada, reinventada, modificada. Y sino intenten repetir los sabores que lograban sus

abuelas, no hay forma. Sí hay fuerzas allí, intensidades. Recetas que son la experiencia de otro que se ha vuelto capaz de narrar, porque las recetas más que instrucciones son un cuento siempre por contarse.

Hace 8 años me desempeño como terapeuta en una Institución terapéutica en el barrio porteño de Barracas, en la que comenzaron a surgir preguntas simples a partir de la observación de escenas simples, que condujeron a elaboraciones complejas. Este trabajo surge como reflexión en torno al desarrollo de un dispositivo de intervención terapéutica con niños y adolescentes diagnosticados con TEA en dicha institución. Me propongo exponer cómo, a partir de la construcción de dispositivos situacionales, se generan condiciones ambientales capaces de contener el despliegue de un experienciar singular.

Este trabajo se articula bajo la modalidad ensayo, e intentará plantear una confrontación teórica y epistemológica entre los modos tradicionales de trabajar con pacientes diagnosticados con TEA y la perspectiva vincular. En el marco de estas argumentaciones, se recurrirá a escenas de la práctica profesional en el dispositivo mencionado, a efectos de articular teorías y modos de hacer clínica

Considerando el malestar registrado en el curso de los tratamientos, el abordaje expone esta problemática desde una perspectiva que politiza ese malestar en tanto pone en cuestión prácticas clínicas hegemónicas, desde una posición excéntrica respecto a las teorías. No solo en relación al posible descentramiento de modelos hegemónicos, sino también al descentramiento teórico que implica asumir que no existe un régimen de signos que sea capaz de traducir a todos los otros. ¿Cómo es posible transmitir un experienciar?

Destacando el valor del experienciar y la configuración de lo ambiental como elemento indispensable para pensar el desarrollo emocional-madurativo, y las tramas vinculares en las (y desde las) que se inscriben, el trabajo será un intento por habitar la tensión permanente entre las formas (teóricas) y las fuerzas e intensidades que las atraviesan. ¿Cómo construir preguntas, registros y herramientas capaces de captar ese flujo de intensidades que excede las formas?

El recorrido es un intento por acercar la práctica clínica a una reflexión sobre los modos de existencia y la construcción de otros posibles en el devenir subjetivo

que resistan a la precariedad propuesta por un sistema dispuesto a fragmentar, pensando desde lo común la construcción de lo común. Tomando como lo común una definición de Suely Rolnik (2019): “...podemos definir a lo común como el campo inmanente de la pulsión vital de un cuerpo social cuando este la toma en sus manos, de manera tal de direccionarla hacia la creación de modos de existencia para aquello que pide paso.”

Las escenas clínicas y no clínicas, serán un elemento capaz de transmitir intensidades, afectaciones y sensibilidades que inviten a pensar con el cuerpo. Y Desde allí describir un trabajo que pretende recuperar la fuerza del gesto espontaneo y vital frente a los rasgos de conductas reactivos que en ocasiones son capaces de generar los dispositivos terapéuticos.

En el análisis de las prácticas convencionales de abordaje terapéutico en niños, niñas y adolescentes diagnosticados con TEA se puede observar que éstas tienden a instalar modos protocolizados de concebir la subjetividad que coagulan identidades normativizadas. Me interesa exponer cómo, la construcción de dispositivos situacionales, produce efectos subjetivos favoreciendo el desarrollo de condiciones ambientales capaces de contener el despliegue de la singularidad. Las prácticas de diagnóstico hegemónicas se desarrollan asumiendo lo que hay que hallar como preexistente a la intervención. La creencia sobre que la enfermedad, el trastorno, la anomalía, están allí, impulsa hacia la tarea consistente en hacer un diagnóstico para codificar, aplicar protocolos y luego intervenir. Será entonces actuar desde la certeza, el conocimiento de lo que debería haber allí y no hay. No hay un “estar allí con” del que formamos parte, no habrá oportunidad de que surja lo impensable, no habrá lugar para el no lugar, no habrá construcción de otros posibles, de otros territorios existenciales por venir. Ante el protocolo, ¿es posible vivir?

Los protocolos suelen exigir respuesta teniendo la fuerza de ocasionar lo reactivo, así la reacción implica que el ambiente es más importante y la mente o eso que llamamos “yo” crea la ilusión de que pueden ser sustituto de lo ambiental. Entonces, ¿Cómo recuperar ese espacio-tiempo intermedio? El movimiento es la experiencia de la libertad y la espontaneidad, también de la belleza y lo vivo. En ese gesto intentará moverse este trabajo, considerando la libertad y la belleza como criterio clínico.

El aroma del café

Las experiencias que hacemos del tiempo nos van sorprendiendo y así vamos descubriendo que la linealidad cronológica no es la única dimensión posible para habitarlo. En tiempos de cursada, la Profesora Liliana Maltz nos pedía para la materia “Los conflictos vinculares en el ámbito escolar” presentar un trabajo que consistía en narrar una escena. Hoy creo captar, ya que no creo que pueda reducirlo al entender, porque decidí escribir en ese momento algo que titulé “el aroma del café” y porque la profesora se aventuró a conversarme. En el medio de la carrera un inicio, en el medio de este trabajo final ese inicio deviene un nuevo inicio.

Así empezaba aquel texto: *“El aroma del café, una escuela, las mañanas lluviosas, guardapolvos blancos, las mañanas soleadas, pupitres, bares, rizoma, medialunas, comunidad problemática, encuentro, la reflexión, la risa, las horas de prácticas, mas encuentros, estar, estar con otros, estar cómodo, sin mal-estar”*

Empecé a preguntarme porque empiezo a encontrarme en espacios que no se definen, espacios en los que de las inconsistencias se instituyen lazos pero no de sangre sino de los otros, de aquellos que me despiertan el placer por pensar, por sentir algo más que ganas, por sentir el aroma del café, una escuela, las mañanas lluviosas, guardapolvos blancos, las mañanas soleadas, pupitres, bares, rizoma, medialunas, comunidades problemáticas, encuentros, la reflexión, la risa, las horas de prácticas, mas encuentros, estar, estar con otros, estar cómodo, sin mal-estar.

Empiezo a pensar, y a sentir que es posible desterritorializar al tiempo que se construye. Que el saber no le pertenece al aula, a la facultad, a la escuela, al docente, al profesional, al alumno, al paciente, al consultorio, que con el saber hay que salir al encuentro y que el encuentro es en la facultad, en un bar, una esquina, un hospital, un posgrado, un almuerzo, que el saber se construye ahí donde hay gente capaz de pensar y sentir el aroma del café, una escuela, las mañanas lluviosas, guardapolvos blancos, las mañanas soleadas, pupitres, bares, rizoma, medialunas, comunidad problemática, encuentro, la reflexión, la

risa, las horas de prácticas, mas encuentros, estar, estar con otros, estar cómodo, sin mal-estar.

Me encontré con espacios donde se hace posible hacer de la ternura y la esperanza una política de la cual empiezo a ser partidario aun en el desconcierto de verme y vernos envueltos. Dispositivos que no disponen. Y allí, el primer encuentro con una palabra que atravesará el escrito. “Dispositivos”, empezando a pensar en ellos como un atravesamiento ¿Por qué será que el gusto de pensar y sentir empieza a vivir ahí donde habitar el encuentro se hace posible?

Creo importante poder dar cuenta de un fragmento de la respuesta que me dio Lili Maltz: *“No sé si entra en mi imagen de escena, pero no importa, creo que es un muy buen inicio para iniciar este trabajo de reflexión y pensamiento. Dan ganas de zambullirse para ver en que deviene...”*

Y lo considero importante por al menos tres razones. En ese no importa, se descubre la potencia y la porosidad a aquello que no “entra”, un descubrimiento que algo que parece no formar parte pueda abrirse paso. Otro valor, la incertidumbre y la espera. Que algo se sostenga a partir de las ganas, aun sin saber que será lo que deviene. Y por supuesto, la conversación. Ese espacio intermedio, esa forma de jugar, que es capaz de contener una experiencia. Tres razones que son tres sensaciones que han permitido un nuevo inicio en mi recorrido.

Pensar, encontrarse, estar (a gusto), disponer, dispositivos, saber.

Hay algo de todo ello que parece pedir ligarse y anudarse a una pregunta por construir. Se presentan sin representación previa y el recorrido en el cual me veo me hace transitar más que a la llegada a una respuesta, a la posibilidad de construcción de una(s) pregunta(s) que sean un gesto de invitación a pensar. Me interrogaba: ¿Por qué será que el gusto de pensar y sentir empieza a vivir ahí donde habitar el encuentro se hace posible? Un enigma, algo que llama a la investigación. ¿Dónde se sitúa el placer por pensar? ¿Y al saber? ¿De que dispone un dispositivo? ¿De saberes? ¿De placeres? ¿De encuentros? ¿Está en nosotros o en ellos el saber y el placer?

Algo empieza a anudarse, tal vez ni el placer ni el saber ni los dispositivos estén afuera. Ni adentro. Tal vez, al decir de Derrida, el afuera está adentro, en el corazón, en el cuerpo. Y entonces tal vez no sea necesaria la pregunta que urgida de respuesta busca situar y situarnos. Pienso que el encuentro genera tensiones, que los dispositivos también generan tensiones, que el placer hace lo propio (y también lo impropio) con las tensiones. ¿Y entonces como estar a gusto? Construir la capacidad y el desafío de sostener y habitar las tensiones sorteando la necesidad de distinguir un afuera de un adentro. Habitar las fronteras tiende a la construcción de un nosotros, con interrupciones, que más que dar cuenta de un agrupamiento y superposición daría cuenta de una multiplicidad de voces, de una polifonía.

Dejarse y dejarnos perturbar por esa polifonía habilita la dimensión del pensamiento, no clausura sentido sino que se transforma en una experiencia (sin) sentido. ¿Por qué no pensar que del (sin) sentido, resulta como elemento emergente un efecto de sentido? ¿Por qué no permitirnos pensar que del (sin) sentido resultan como elementos emergentes experiencias sentidas en ese afuera que está adentro?

Algo del experimentar busca descentrar al sentido. Entonces pensar, encontrarse, estar (a gusto), disponer, dispositivos, saber, parecen no tener localización. Ya no habría un punto en el que convergen todos los puntos sino un descentramiento que fractura la arborización verticalista que sitúa al pensar y a los dispositivos sin estar (a gusto) ni estar con otros, en un lugar localizable aunque inaccesible.

¿Será por eso que resulta valioso el experimentar el aroma del café? ¿Será en ese estar con otros que se descubren las potencias del hacer compartido? ¿Será algo así como que el experimentar humaniza el pensar, el estar, los dispositivos? Y entonces ya no son elementos aislados ni aislables sino experiencias y efectos de sentido compartidos que construyen pensamiento, saber, dispositivos, desde las tensiones, desde el colectivo.

Recordé a Spinoza, el ir en búsqueda de encuentros compatibles, que aumentan nuestras potencias, que nos dan “alegría” y huir de aquellos que nos des-

componen, que disminuyen nuestra potencia de actuar, que nos generan tristeza. ¿Cómo hacer de eso un criterio clínico?

¿Cómo estar-vivir juntos a gusto? Conexión entre lo más íntimo y lo colectivo En esta época deviene una pregunta vital, incluso para pensarlo en las instituciones-espacios comunes. ¿Cómo potenciar espacios tan desvitalizados, cómo hacer circular algo del orden del deseo, cómo hacer que se impregnen de aroma de café?

Y como este texto se va convirtiendo en un relato de encuentros con personas y cosas cito un fragmento que le habla de algún modo a mis reflexiones. Me lo presento Lili Maltz y forma parte del libro: Spinoza, una introducción, (Diego Tatián, Editorial Quadrata, 2010)

"...comunidad y sociedad abren dos perspectivas distintas para entender la política. Y, en general, el concepto de "comunidad", ha tenido una deriva bastante desafortunada en la filosofía política del Siglo XX (básicamente, ha sido asociado con políticas de "sangre y suelo"). No obstante, resulta un desafío volver a pensar el concepto de comunidad desde otro punto de vista, para lo cual Spinoza es de una gran ayuda. Porque permite pensar en una comunidad que se produce, una comunidad que se genera, una comunidad que se inventa. Una comunidad en la que se entra y no a la que se pertenece, una comunidad que es libertad y no necesidad -y que tampoco es sociedad, porque se establece en función de lo común. Los seres humanos, dice Spinoza, entran en relación por lo que tienen de común, porque es esto que tienen de común lo que los hace incrementar su potencia si es que se componen adecuadamente. Pero ese común no es un destino inexorable, y puede adoptar distintas formas.

La comunidad religiosa es algo a lo que se pertenece; no algo que se elige sino algo dentro de lo que se nace. Spinoza era ya judío por el solo hecho de haber nacido. A partir de la excomuni3n (Spinoza es excomulgado de la comunidad judía), toda su filosofía puede ser pensada como la búsqueda de una comunidad. No de una comunidad esencialista que determina un destino, sino de la apertura a entrar en comunidad con otros. Desde este punto de vista, hay una frase de Maurice Blanchot, que habla de la democracia como "la comunidad de los sin comunidad". La comunidad de los sin comunidad. Es decir, podríamos pensar,

de los excomulgados. De los excomulgados dispuestos a entrar en comunidad con los diferentes, con quienes han sido excomulgados de otras comunidades (o que no han tenido nunca comunidad). Una idea como esta, alternativa tanto al destino sustancialista de "comunidad" como a la idea liberal de "sociedad", es la que nos sugiere pensar la filosofía de Spinoza -y que forma parte de su pensamiento en un sentido esencial, como un deseo profundo de comunidad."

Una invitación a seguir pensando fue lo que encontré en esa lectura, y en ese diálogo.

Deleuze propone que entremos a la filosofía dispuestos a encontrar lo que convenga a nuestras vidas. Pienso y propongo que entremos (a decir verdad, que construyamos) a los dispositivos dispuestos a encontrar lo que convenga a nuestras vidas.

La construcción de dispositivos situacionales supone movimiento, un fluir, una corriente, pliegues que profanan espacios sagrados, que emancipan del aprisionamiento de lo instituido. Algo de esto se pone en juego cuando se habitan espacios colectivos de pensamiento, espacios que nos componen, que hacen de nosotros profanadores de aquello venerable y susceptible de culto. ¿Acaso habría que demostrar "debido" respeto todo el tiempo a las cosas sagradas? ¿Acaso el pensar solo puede transcurrir en los espacios académicos? ¿Son los lugares capaces de definir y definirnos?

Una de las acepciones de la palabra profano en el diccionario de la Real Academia Española indica que un profano es alguien *libertino o muy dado a las cosas del mundo*. Tal vez sería interesante profanar, profanarse, profanarnos y darnos a las cosas del mundo, dejarse capturar por los encuentros.

Porque la vida es lo que está en el "entre", porque lo importante es lo que pasa, lo que atraviesa, lo que cambia (Maite Larrauri), porque la vida no "es" sino que "deviene", pienso en los espacios intermedios, en aquellos dispositivos que nos permiten dejarnos contagiar, que se componen y nos componen haciendo difusos los pronombres personales, que no nos pertenecen sino que nos hacen devenir otros. ¿No es posible la pertenencia? No se trataría de eso, sino de no agotarse en las pertenencias institucionales, de no dejarse capturar por la identidad que confiere una Universidad, una carrera profesional, un Gobierno, un

Ministerio, en no definirse desde la pertenencia sino desde la “potencia”. ¿Es posible pensarse perteneciendo a los intersticios? ¿Cómo construir la posibilidad de habitar las fronteras?

“La potencia no quiere decir aquí lo que potencialmente podría hacer un individuo por el hecho de pertenecer a una especie concreta, sino que potencia significa lo que realmente puede este individuo, y lo que realmente puede es lo que hace”¹

Hacer, Devenir, Estar, Habitar. Pasar del sujeto al predicado. Lo que realmente puede y hace un individuo no es en soledad. Restituir los espacios de participación colectiva permite ampliar los territorios, permite crecer, alegrar, alegrarse y alegrarnos.

No me es posible pensar por fuera de la época. En culturas donde los territorios se delimitan y se definen como propiedades privadas, en donde el saber se sostiene en autorías hegemónicas, donde lo privado anexa territorio en detrimento de lo público, y donde todo el proceso no ha sido sin sangre, sin la implantación violenta que anula la posibilidad de que los territorios crezcan hasta el límite de sus propias fuerzas, ¿Cómo es posible pensar la alegría? ¿Cómo pensar y sentir el placer de estar con otros? ¿Qué lugar para los agenciamientos colectivos en escenarios violentados y privatizados?

Me propuse en este escrito tratar de no llegar a ninguna respuesta sino más bien dejarme afectar por elementos, sensaciones, ideas, que permitan seguir pensando. Entonces pienso (y siento) que esos espacios en los que me siento a gusto, en donde el pensar y el trabajar se anudan al placer y al deseo, esos espacios se trazan como líneas de fuga, crean la sensación de que la única opción no es huir, se construyen como espacios intermedios que tienden puentes no solo para ser cruzados, también para ser simplemente transitados.

Ahí encuentro la posibilidad de crecer, de habitar el entre, el espacio intermedio, la frontera. Ahí encuentro la posibilidad de pensar que las fronteras no están solo para ser cruzadas. Ahí encuentro que no es necesario que los gendarmes custodien las fronteras, porque no hay que defenderse del otro o de lo otro, porque la identidad no se construye fronteras adentro. Ahí encuentro que tal vez

¹ Larrauri Maite. El deseo según Deleuze. Editorial Tandem

no sea necesario saber a quién pertenecen las ideas, que el narcisismo pertenece al yo y no al nosotros ¿es posible pensar en un narcisismo colectivo? Creo que hay simplemente encuentro...encuentros.

El encuentro nos encuentra, nos multiplica, nos permite hacer conexiones, nos anuda a nuevos territorios, nos aumenta, nos hace hacer rizoma. El encuentro de algún modo traza líneas de fuga de lo violento, si entendemos que la violencia puede definirse como aquello que arroja al sujeto por fuera del lazo social.²

El movimiento nos transforma de algún modo en peregrinos. Permitirse peregrinar por tierras extrañas nos hace bordear lo desconocido, nos hace andar por tierras extrañas, nos hace ver que el saber no es solo académico, que no solo puede y debe construirse en cada espacio, porque a partir de la potencia con que puede habitarse cada espacio ya no se necesita definir donde está el saber. Peregrinar nos pone a salvo de las raíces que impiden el movimiento, peregrinar hace estallar la cultura del ser.

El peregrinar no hace más que dar la posibilidad de experimentar. Pero experimentar, es verse afectado, es dejarse afectar, no se trata de la experiencia que se incluye en el currículum, es un experimentar que se asocia al movimiento, que no nubla el paisaje desde la experiencia en tanto antecedente. Experimentar es a partir de nuevas conexiones que nos convienen, permiten lo emergente, lo novedoso. Quizá la experiencia sea la trampa desde la cual nos ponemos límite al experimentar en tanto nos reconduce a un antecedente desde el cual y hacia el cual tendemos a reconducir toda nueva marca. La experiencia puede atemorizar, dejarnos inmóviles al borde del camino ante lo extraño y lo desconocido.

Entonces pienso: ¿los dispositivos situacionales deben construirse desde la experiencia o desde el experimentar? ¿Es posible experimentar por fuera del campo del deseo? ¿Qué deseamos cuando deseamos?

“Lo verdaderamente difícil es desear, porque desear implica la construcción misma del deseo: formular que disposición se desea, que mundo se desea, para

² Duschatzky, Silvia; Martorell, Elvira; Antelo, Estanislao; Zerbino, Mario. Reflexiones en torno al debate sobre la violencia.

que sea el mundo que te conviene, el mundo que aumenta tu potencia, el mundo en el cual tu deseo discurra. El deseo se convierte de esta manera en el objetivo del desear, es un resultado, es en sí mismo virtuoso”.³

Aquello de buscar el objeto de mi deseo empieza a sufrir una transformación, la búsqueda del objeto perdido además de infructuosa empieza a ser innecesaria porque el deseo así concebido es alegría, es potencia de crecimiento, es conquista y no búsqueda permanente.

Pero la afectación ya no es la misma, las preguntas ya no intentan entender sino buscar encuentros, liberar la vida en el placer de desorganizar el cuerpo, las instituciones, los dispositivos, los vínculos, los saberes, y además en no hacerlo solo. Si lo que nos conviene puede ser reconocido por el crecimiento y la alegría, aquí hay algo que me conviene.

³ Larrauri Maite. El deseo según Deleuze. Editorial Tandem

Diagnósticos y Protocolos

La insistencia por preguntarme acerca de la alegría fue despertando mi atención. No solo porque empezaba a observar gestos tristes en mis pacientes y sus familias, sino porque empecé a sentirla. En ese océano de diagnósticos me sentía perdido, algo forzaba a pensar y ser pensado. Parecía imposible descubrir otras posibilidades subjetivas en esa deriva diagnóstica, la seducción de la repetición conceptual que nos recubre de sentidos, empezaban a hacer menos deseable no solo el pensar. También el estar.

Nadie podría diagnosticar impunemente, manteniéndonos a distancia de aquello que se diagnostica, diagnosticar obliga a algo a aquel que lo transmite. Se corren riesgos, se asumen, se temen en la intensidad de una ética que nos interpela.

Pastillas y psicoterapia, indicaciones habituales que suelen quedar capturadas en medios de intervención desesperada y preocupantemente monótonas, a partir de diagnósticos que cumplen con cientos de criterios agrupados en manuales creados a tal fin dando cuenta más del acuerdo de la comunidad científica que de aquello que sucede en el encuentro terapéutico.

Que el diagnóstico no separe al que lo dice de quien lo oye, ni que quede desligado de su época, ni de las políticas que lo atraviesan. La “izquierda” no existe sino en la medida en que aprende a resistir a aquello que a la “derecha” le basta con aprovechar. “La Izquierda, escribe Deleuze (Conversaciones, 2002), necesita que la gente piense, y su rol, este o no en el poder, es descubrir un tipo de problema que la derecha quiere ocultar a cualquier precio.

Un diagnóstico de izquierda, pragmático, minoritario, que exija ponernos a pensar no sobre los pacientes sino con ellos. Porque no hay verdad a descubrir sino existencias a las cuales darle lugar, a partir de no abstenerse del pensamiento de los otros en los momentos en que la tentación de arrogarse el monopolio del pensar acecha.

Regidos por parámetros estereotipados y legitimados desde el discurso médico hegemónico, se reproducen formas de pensar a los sujetos a partir de una descripción alejada de aquellas concepciones ligadas a los mecanismos de

producción de subjetividad y que se basan en lógicas identitarias, regidas por la lógica de lo Uno. Hay un parámetro, una norma, una forma de ser sujeto, una forma de ser niño/a, lo que escapa de esa forma, es catalogado mediante un manual administrativo-psiquiátrico devenido en una suerte de catecismo diagnóstico (Vasen, 2011)

Lleva a tratamientos donde los sujetos son despojados de su subjetividad, y de sus potencialidades saludables, focalizándose únicamente en tratar de “corregir” sus diferencias. Cómo nos posicionemos frente a un diagnóstico psicoterapéutico es el modo en que vamos a pensar el devenir subjetivo.

Estigmatizar el diagnóstico, transformarlo en una herramienta predictiva, supone violentar este espacio de encuentro. Atenta la dimensión productiva del inconciente y los efectos saludables a los que apostamos en el contexto psicoterapéutico, afectando la sensibilidad de un modo desvitalizante. Entonces en este ejercicio abusivo de autoridad diagnóstica sostenida en un ideal de eficacia objetiva “la sensibilidad se abomba y ya no pensamos en qué le pasa a un niño/a sino en qué tiene, no pensamos en un quién sino en un qué. Esta desensibilización lleva a etiquetar y hallar siglas que son pobres nombres para problemas de época que estallan en las aulas, los hogares y los consultorios” (Vasen, 2011)

Es un intento por que todos seamos capaces de adueñarnos de los problemas que nos atañen, sin iluminados ni vanguardias. Es un paso delicado del pensar solo al pensar con otros, cultivado a partir de los forzamientos que empujan a pensar desde una situación y no desde un programa que describa ese por hacer en función de ciertos consensos de turno.

Ya Freud dejó bajo sospecha los bordes entre normalidad y patología. Sospechar de toda posición que se considere “normal” y que defina toda diferencia como un desvío de aquella es un ejercicio al que no deberíamos renunciar. Mayorías, así describían Deleuze y Guattari a todo pensamiento o posición que se considere normal, generalizable, hegemónica. Lo mayoritario diferenciándose de lo minoritario en tanto da cuenta de esos grupos a los que no podría ocurrírseles el deseo y la idea de que todo el mundo sea como ellos.

Diagnósticos y prácticas que devengan minoritarias, sin pretensiones de legalidad universal ni neutralidad. Ese “caso a caso”, del que tanto uso hacemos los agentes de salud, en ocasiones es un elemento que nos preserva de decir algo, nos resguarda de enunciarnos. Problema ético político. Pero ese “caso a caso” también es un movimiento de resistencia necesario para combatir los embates de los pensamientos hegemónicos y la objetivación protocolizada de nuestra profesión. Posición ético política. Una vez más el problema de la objetividad, desde donde se pretende definir una situación a partir de generalidades. Pero el devenir, minoritario, nunca puede partir de una generalidad.

Trabajar en los intersticios es un recurso posible ante las corrientes hegemónicas de pensamiento, tendientes a solidificar pensamientos pero también subjetividades. Desde allí, no formulamos respuesta sino que abrimos nuevas preguntas que no buscan respuestas generales. Que se puede hacer desde allí es una incógnita, es siempre un plural. Una política de los intersticios (Stengers – Pignard, 2018) debería cuidarse de todo juicio general, la fabricación de un intersticio crea, a su cuenta y riesgo, su “medio”, la manera en que se distinguen su interior y su exterior. Es asumir el compromiso de dar consistencia al pensamiento desde una situación sin remitir a instancias superiores bajo las cuales resguardarse, sean esas instancias datos, estadísticas, protocolos o trascendencias divinas.

Ese lugar de frontera, ese intersticio en el cual decidimos trabajar necesita ser cuidado de todo espíritu que lo convierta en una vanguardia totalizadora capaz de guiar a los perdidos. No hay allí actor principal, no hay líderes ni vanguardias a quien seguir, justamente porque lo que vienen a cuestionar son modos de estar. No se proponen reemplazar, sustituir un lugar de poder por otro, sino justamente desarmarlos para que florezcan la multiplicidad y las individualidades que en ella se despliegan, sin que nada se parezca a nada, porque la semejanza es el principio de obstrucción al devenir.

El problema de la objetividad en las ciencias sociales

La deconstrucción de la dimensión diagnóstica como así también la posibilidad de pensar en la construcción de dispositivos situacionales, merece un desvío para preguntarnos acerca del problema de la objetividad. Con la implantación del modelo de las ciencias naturales se instaló en la comunidad científica el problema de la objetividad. Construyéndose así un núcleo problemático, en torno al conocimiento, en el campo de las ciencias sociales donde el hombre parece ser sujeto y objeto al mismo tiempo.

El investigador social pertenece él mismo, en cierto modo, a la sociedad que convierte en objeto de su investigación. Desde el inicio quisiera plantear que considero que el problema no radicaría en la imposibilidad de dissociar sujeto-objeto en el ámbito de la investigación en ciencias sociales sino en la pretensión, siempre fallida, que intenta dissociar al sujeto de su campo de investigación. La teoría se hace conjuntamente con los paisajes cuya formación el propio investigador acompaña.

Así como se suele criticar a los investigadores sociales, seres humanos que viven en las sociedades, que tienen intereses sociales, participan en los movimientos sociales y aceptan ciertos modos de vida, por su falta de objetividad; también un físico o un biólogo pueden aferrarse a una teoría determinada porque su prestigio está en juego o porque es la teoría oficial.

El paradigma positivista, que encontró en las ciencias naturales su matriz de aplicación más radical, se sostiene en una epistemología objetivista que la modernidad occidental estimula. Para esta última el objeto proporciona el *telos*. Conocer es, así, objetivar, es distinguir en el objeto lo que le es intrínseco de lo que pertenece al investigador y que desde ahí puede ser indebida o inevitablemente proyectado sobre el objeto de estudio. Desde otro punto, al tiempo que objetiva, conocer sería des-subjetivar en tanto hacer explícita la parte del sujeto en el objeto tiene como intención reducir al mínimo ideal su grado de implicancia.

Las ciencias positivistas de la naturaleza rompen con las intuiciones, narraciones, mitos e intensidades del mundo, que componen la vinculación que

la subjetividad establece con el mundo social y natural que habita. Desde aquí empieza a construirse una pregunta: ¿Qué relevancia cobraría un conocimiento puramente objetivo si éste no logra quedar integrado a los contextos de acción en la vida de las personas?

Desde este abordaje conceptual las ciencias sociales han sido sometidas recurrentemente a distintas críticas vinculadas con la falta de rigor de sus enunciados o con una ausencia de confrontación empírica que se relaciona de manera especial con la subjetividad de quien investiga por asentarse en la comprensión hermenéutica. Se le ha exigido un nivel de certidumbre que solo podría alcanzarse, en términos de Taylor (1985), si se quiebra el círculo de explicación e interpretación hermenéutica. Y el autor señala que existen dos salidas posibles una racionalista que, sin negar la intuición y la comprensión de significados, aspira a alcanzar un nivel de comprensión de tal calidad que llevaría la certidumbre de lo innegable; la otra forma, que podríamos denominar empirista aspira a ir más allá de las interpretaciones, incluso más allá de la subjetividad.

La comprensión de una manifestación simbólica en las ciencias sociales no parece tener el mismo status que un conocimiento objetivo. Puesto que, si la comprensión de las manifestaciones simbólicas solo es posible a través de una participación activa en procesos de entendimiento, y si esa participación presupone que quien actúa comunicativamente hace uso de un saber preteórico no analizado (no puesto bajo control) entonces el saber obtenido bajo esta modalidad se asienta sobre una base muy insegura. La idea de ciencia que ha imperado durante mucho tiempo hace referencia a un conjunto de tareas especializadas orientadas hacia un fin, que sería el conocimiento del mundo real; permitiendo esto explicar objetivamente los fenómenos que en él se presentan para luego formular leyes generales. Esta concepción se ha desplegado preponderantemente en el uso de las metodologías cuantitativas de investigación

En las ciencias sociales el uso de estas modalidades fue un intento por acercarlas a las ciencias tradicionales llevando al investigador a un intento por no involucrar sus valores personales o su ideología en el trabajo a realizar adoptando un criterio de ¿objetividad? La pretensión parece estar en asociar el conocimiento a los hechos y no a la subjetividad de quienes conocen asumiendo

que la realidad es estable y susceptible de ser abordada por un método confiable y comprobable. Una ciencia, condenada a cumplir con los requerimientos de la tradición empirista trata infructuosamente de reconstruir la realidad social como si solo estuviera compuesta de datos en bruto (Taylor, 1985).

Dice Habermas (1982) que en la medida en que el ámbito objetual de las ciencias sociales comprende todo aquello que cae bajo la descripción “ingrediente de un mundo social de la vida”, el científico social no puede tener (en principio) distinto acceso a él que el lego. Así la pertenencia más que condición necesaria o no, es inherente al espacio que conforman el investigador y el ámbito objetual. El problema del entendimiento, el conocimiento y la objetividad se entraman y enlazan. No parece posible conocer-comprender sin entendimiento; para entender sería necesario poder participar en la construcción de aquello que se pretende entender y todo esto no parece ser posible desde “afuera”.

Pero, como dice suely Rolnik (1989), entender nada tiene que ver con explicar y mucho menos con revelar. No hay nada arriba (trascendencia) ni por abajo (esencia). Lo que hay por todos lados son intensidades buscando expresión. La investigación en ciencias sociales inventa puentes de lenguaje. Lenguaje que no es solo un transporte de mensajes, sino y sobre todo *creación de mundos*.

La ciencia, desde esta perspectiva, no puede despegarse de la intuición. Requiere de sensibilidad, entendimiento y afectación necesaria para registrar las intensidades que hacen posible hacer y comprender las lecturas mediante las que se pretende abordar la realidad en cuestión.

Objetividad y pretensiones de validez. A lo largo de los años nuevas concepciones de la ciencia han ido ganando terreno tratando de comprender la realidad como un todo unificado asumiendo que no son separables la ciencia, el científico y los resultados de las investigaciones científicas.

El uso creciente de las metodologías cualitativas ha generado una discusión que busca cuestionar el carácter científico del conocimiento obtenido a través de ellas, y allí el concepto de objetividad ocupa un lugar central en la escena. Autores como Lakatos han cuestionado la idea central de la filosofía positivista que sostiene la existencia de una realidad acabada y plenamente externa señalando la dependencia que tiene la ciencia respecto de los supuestos

teóricos, del marco conceptual, de los criterios de selección de las muestras, del inconsciente del investigador y de sus modos de percibir la realidad. Popper adopta una postura similar entendiendo que el científico no es un espectador pasivo sino un intérprete de los hechos naturales y sociales que lo rodean. De Souza considera que en las ciencias sociales no hay objetividad, sino que se trata de ser rigurosos en el uso del instrumental técnico y teórico en el campo de la investigación.

Toda esta línea de pensamiento lleva a estudiar la realidad social con una visión integral que toma en consideración la dimensión subjetiva y cierta necesidad de rigurosidad desde el punto de vista metodológico. En este punto cobran valor las *instancias de validación* (Samaja 2004) *conceptual, empírica, operativa y expositiva*, aludiendo éstas al grupo de acciones o tareas de investigación en la perspectiva de su adecuación a los controles de científicidad o patrones normativos vigentes en cada comunidad científica.

Ya no se trataría en este punto de una búsqueda de objetividad aséptica sino, mediante un desplazamiento en la acentuación de la problemática, en la rigurosidad metodológica con que se construye el conocimiento. La pregunta es sobre las pretensiones de validez de aquello que se ha de describir, ya que toda ciencia social tiene una concepción del mundo y de cómo debería ser el mundo, por lo tanto, no hay neutralidad valorativa desde el momento en que todo investigador trabaja desde un marco conceptual.

Así como ya no puede caerse en un pensamiento simplificante fundado sobre la disyunción absoluta del objeto y el sujeto que lo observa y concibe existiendo un principio de relación entre el observador-conceptuador y el objeto-observado (Morín 2004), podría plantearse también un principio de relación metodológica que sostenga la tensión entre ambas metodologías (cualitativa y cuantitativa) haciendo que la(s) metodología(s) a utilizar sean emergentes de la problemática a abordar y no definiciones protocolares hechas a priori.

La comprensión no es practicable en soledad, porque es una experiencia comunicativa. Para ello es necesario abandonar actitudes objetivantes del investigador frente a los sucesos por conocer-comprender. Siguiendo a Habermas (1982), debe sustituirla por la actitud realizativa. Se acentúan dos

posiciones básicas diferentes, en una de ellas esta quien en el rol de tercera persona observa algo en el mundo o hace un enunciado acerca de algo en él tomando una actitud objetivante; en otra posición esta quien participa en una comunicación y en el rol de primera persona entabla una relación interpersonal con otra persona adoptando una actitud realizativa.

Skjervheim destaca la circunstancia de que la actitud realizativa de una primera persona frente a una segunda persona significa simultáneamente la orientación por pretensión de validez. Tiene que interpretar la manifestación de la segunda persona como saber. Así el científico social, para entender el proceso de comunicación que ha de describir tiene que tomar postura frente a las pretensiones de validez que se plantean. Pero el juicio del investigador no habrá de ser arbitrario, sino fundado en las teorías y métodos que utiliza. Su validación se ajusta a reglas establecidas, controladas y debatidas por la comunidad científica. ¿Y la objetividad? Por una parte, el juicio no escapa a la crítica intersubjetiva y por otro lado, no solo la intersubjetividad impide la arbitrariedad sino además el método con que se construye la argumentación tiene sus propios criterios de validez.

Estas posturas nos van acercando a una posición que no admite la objetividad pura como posibilidad, pero tampoco se reduce en un subjetivismo que corre el riesgo del relativismo. Félix Schuster (1985) nos habla sobre los límites de la objetividad, la cual presupone que hay objetos con existencia independiente, pero al mismo tiempo se expresa como una relación con características especiales que da cuenta de sus propios límites, no se presenta pura sino con condicionantes, ellos son:

- El papel que el sujeto tiene que cumplir
- Si bien puede hablarse de una objetividad específica, ella depende de una objetividad general, en la que pueden incluirse el propio investigador (con su visión de la realidad y con las teorías que trae consigo), la situación y las condiciones en que se estudia una realidad dada o se realiza una experiencia
- el estado de la ciencia de que se trate en el momento de dicho estudio o realización,
- el papel de la sociedad (o de una parte de ella) en la promoción y desarrollo de la investigación, y en la evaluación de sus resultados.

Así la pregunta por la objetividad no es exclusiva de las ciencias sociales. Quizá sirva pensar más que en los límites en los bordes, para pensar que la objetividad

recorre esos bordes que separan y unen al mismo tiempo al investigador y su campo de investigación. No solo la investigación, sino también la vida corre en esos bordes, se encuentra allí en los pliegues indefinidos que conducen a nuevos pliegues y repliegues que siempre hacen pregunta.

Neutralidad y abstinencia en psicoanálisis. Esquirlas de la objetividad.

Un observable de estas aplicaciones en el campo del psicoanálisis puede ubicarse en los conceptos de neutralidad y abstinencia del analista, del cual se ha hecho un uso abusivo, acentuando relaciones de poder con efectos deshumanizantes para la práctica clínica. Desde nuevas lecturas, quizá la neutralidad y la abstinencia no tengan que ver con la “no participación” sino con abstenerse de valores morales trascendentes que obturan la posibilidad de un pensamiento y trabajo en immanencia. No enunciarse plantea un problema epistemológico pero también un problema ético. Como dice Juan Carlos Volnovich (2003) a veces es conveniente enunciarse antes que practicar una neutralidad hipócrita.

En este terreno la pretensión y el objetivo de predicción no es posible como en el campo de la ciencia natural. La psicología actual, aun pasados ya tantos años de una discusión tan polarizada entre sujeto-objeto, parece reafirmarse en una posición de ciencia predictiva del desarrollo. Diagnósticos, dispositivos, indicaciones, medicalización, posturas psico-educativas, sostienen la idea de un sujeto siempre en vías de desarrollo con una visión neo evolutiva que genera una sintomatología iatrogénica centrada en una obsesión por lo que debe ser. Pero, ¿ser para quién?

Una ciencia que parece estar más situada en contribuir a afianzar *formas debidas* y no en favorecer el crecimiento y creatividad de las múltiples *formas de vida* que compone el mundo que habitamos. Nos encontramos con prácticas terapéuticas que empujan cada vez con más violencia hacia un ideal de objetivación que anula la “personificación”. Una suerte de desobjetivación del síntoma y del trabajo clínico que va en vías de cumplir con los ideales occidentales modernos del conocimiento. Una terapéutica que tiende hacia lo psico-educativo, hacia la evolución.

Acerca del chamanismo. De los límites a los bordes

Quisiera dejar un pequeño comentario acerca del chamanismo en las culturas amerindias que invitan a pensar acerca de la posición de quien conoce. El chamanismo es un modo de actuar que implica un modo de conocer o más bien un ideal de conocimiento. Ese ideal estaría en las antípodas de la epistemología objetivista que la modernidad occidental estimula. Para esta última conocer es “objetivar”. O si se quiere, conocer es “des-subjetivar” tanto como sea posible. Uno conoce bien algo cuando es capaz de verlo desde afuera, como un objeto. O sea, la buena interpretación de lo real es aquella en la cual se es capaz de reducir la intencionalidad del objeto a cero. Del objeto y del ambiente: el control de la intencionalidad ambiente es crucial.

El chamanismo amerindio es lo contrario. Conocer bien alguna cosa es ser capaz de atribuir el máximo de intencionalidad a lo que se está conociendo. El “buen conocimiento” es aquel capaz de interpretar todos los eventos del mundo como si fuesen acciones, como si fuesen resultados de algún tipo de intencionalidad. Conocer es personificar, tomar el punto de vista de lo que es preciso conocer.

¿Dónde ubicaríamos la pregunta por la objetividad aquí? Quizá la pregunta por la objetividad, en los términos de verdad y validación empírica, es solidaria de una concepción dualista y binaria del mundo que genera ese tipo de preguntas. Entonces la pregunta se desplaza del campo de las ciencias sociales a preguntarse por un modo de conocer y habitar el mundo. Dice Habermas (1982) que una persona casi puede ser definida como un ser que tiene intenciones. Se trata de poder trascender el dualismo, que el occidente moderno, instalado entre la imagen manifiesta y científica del hombre en el mundo. Hay visiones y modos de conocer que parecen no dejar en el plano de la utopía la posibilidad de integración e incorporación de la imagen científica a nuestras formas de vida. El conocimiento, el significado son inmanentes. Es para un sujeto (específico), el significado es de algo, las cosas tienen significado en un campo cuando entran en relación con otros significados tal como lo plantea Taylor. Si el ejercicio de conocer es en inmanencia, ¿es necesaria la pregunta por la objetividad? ¿Acaso el ideal de la objetividad aséptica, desubjetivada no se sostiene en el plano de la trascendencia? ¿Sería posible imaginar una ciencia social sostenida en ideas y

significados trascendentes? Lo que es seguro, es que de ser posible prescindiría de lo humano.

El problema de la objetividad en las ciencias sociales no solo es un problema epistemológico sino también político. Una ciencia arraigada en las conceptualizaciones principales del empirismo tradicional que permanece dentro de las categorías aceptadas puede ser eficaz y objetiva, pero cabría preguntarse si esta pretendida eficacia y objetividad no es al costo de la anulación de un estudio del significado intersubjetivo. Un estudio de las ciencias del hombre no puede separarse del análisis de las opciones entre las que los hombres deben elegir. Aislamiento (del objeto de estudio), desubjetivación (de la posición del investigador), disyunción absoluta (entre el observador-conceptuador y el objeto-observado), reducción de la intencionalidad (del objeto). Si no leemos los paréntesis, esas palabras bien podrían servir para dar cuenta de los síntomas epocales que inundan la clínica, ¿no es acaso este un problema político?

Dice Viveiros de Castro (2013) que la epistemología chamánica es una epistemología estético-política en la medida en que ella procede por atribución de subjetividad o “agencia” a las llamadas cosas. Si bien excede las pretensiones del pequeño recorrido realizado por esta problemática, creo necesario decir que todo el trabajo puede leerse en términos de un problema político que da cuenta de las relaciones de poder-saber.

Dispositivos Situacionales

Cuando el dispositivo se constituye en un ente rígido, los diagnósticos devienen en construcciones que dejan por fuera al quehacer vincular. Cuando se utilizan diagnósticos universales, los dispositivos reproducen subjetividad, subjetividades moldeadas por lógicas estática, el diagnóstico aparecería como un sedimento, un lugar estancado, sendero fijo a recorrer por un camino unívoco, sin dar lugar a atajos, caminos vírgenes, lugares imprevistos.

Así la invención de nuevos dispositivos que nacen en lugares antes impensados exige una fundación conceptual.

¿Cómo pensar los dispositivos clínicos en el ejercicio de las lecturas situacionales? ¿Hay posibilidad de construir situaciones ahí donde el dispositivo, convertido en encuadre, funciona como limite a la emergencia de lo novedoso suturando la apertura que genera lo vincular?

¿Qué es un dispositivo para Giorgio Agamben?, es “cualquier cosa que tenga de algún modo la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes. No solamente, por lo tanto, las prisiones, los manicomios, el panóptico, las escuelas, la confesión, las fábricas, las disciplinas, las medidas jurídicas, etc., cuya conexión con el poder es en cierto sentido evidente, sino también la lapicera, la escritura, la literatura, la filosofía, la agricultura, el cigarrillo, la navegación, las computadoras, los celulares y –por qué no- el lenguaje mismo, que es quizás el más antiguo de los dispositivos, en el que millares y millares de años un primate –probablemente sin darse cuenta de las consecuencias que se seguirían- tuvo la inconciencia de dejarse capturar³”⁴.

Entonces, lo interesante que plantea este autor, es que no solo existen por un lado individuos y por el otro, dispositivos, sino que existe un tercer elemento al que denomina “el cuerpo a cuerpo entre el individuo y los dispositivos” (Agamben, 2006), tercer elemento que resulta fundamental para entender los procesos de subjetivación. El sujeto es lo que resulta de la relación entre lo humano y los dispositivos, ya que los dispositivos existen solo en la medida en

que subjetivan y no hay proceso de subjetivación que no produzca efectos de sujeción a un poder externo. Esto se complejiza aún más en las conceptualizaciones de este pensador, ya que plantea que los dispositivos no solo subjetivan, sino que en la actualidad también producen procesos de desubjetivación. Las implicancias que esto toma en la especificidad de los espacios psicoterapéuticos la retomaremos más adelante en relación a los efectos que tiene en el quehacer “psi” cuando diagnosticamos y pre-configuramos el dispositivo terapéutico arrasando con la potencialidad vinculante y produciendo procesos de desubjetivación, en el peor de los casos, y en la mayoría de los casos, producen y reproducen la deslegitimación de lo diferente, de lo otro, desdibujamiento del otro que producen su negación.

Creemos importante trabajar y pensar en los dispositivos para que estos no se transformen en un límite al movimiento destituyente e instituyente que supone lo vincular, construir (se) en una dimensión de encuentro en donde el suceso sea pasible de devenir acontecimiento. En este sentido es que los dispositivos, siguiendo a Deleuze, son máquinas de hacer. Todo dispositivo se define por su tenor de novedad y creatividad.

“Los dispositivos tienen, pues, como componentes líneas de visibilidad, de enunciación, líneas de fuerzas, líneas de subjetivación, líneas de ruptura, de fisura, de fractura que se entrecruzan y se mezclan mientras unas suscitan otras a través de variaciones o hasta de mutaciones de disposición”, dice Deleuze, agregando que de esto se desprenden dos consecuencias fundamentales para una filosofía de los dispositivos:

- la primera es el repudio a los universales: aquí Deleuze sentencia que el universal no explica nada ya que todas las líneas son líneas de variación, que no tienen coordenadas constantes. “Lo uno, el todo, lo verdadero, el objeto, el sujeto no son universales, sino que son procesos singulares de unificación, de totalización, de verificación, de subjetivación, procesos inmanentes a un determinado dispositivo”. Y no solo esto, sino que cada dispositivo es una multiplicidad.

- La segunda consecuencia de una filosofía de los dispositivos “es un cambio de orientación que se aparta de lo eterno para aprehender lo nuevo”⁸. Lo nuevo en tanto creatividad variable. Dispositivos inmanentes, alejados de valores trascendentes, dan lugar al despliegue potencial, a la creatividad en tanto fundadora de “lo nuevo”. Cobra valor así lo actual, constituyéndose en aquello que vamos siendo más que en lo que somos. El acontecer. Lo nuevo. Formas por nacer.

Pensar desde lo acontecimiento que implica la creación de dispositivos situacionales es habitar un espacio potencial (Winnicott, 1971) de creación que posibilita agenciamientos, siempre colectivos.

Es interesante llegados a este punto, retomar las conceptualizaciones de Donald Winnicott en relación al espacio transicional pensado como lugar desde donde se puede producir la creatividad y toda potencialidad. Winnicott nos dice que se vive en ese espacio potencial. ¿Qué es vivir?, se pregunta. Vivir es experimentar, y la utilización de ese espacio potencial (transicional) determina las experiencias vitales. (Winnicott, 1971) “¿Podemos obtener alguna ventaja si examinamos este asunto de la posible existencia de un lugar para vivir que los términos “exterior” e “interior” no describan en forma adecuada?” Un lugar no localizable, ni interno ni externo, efecto de la diferencia. Poder habitar ese espacio, ni externo ni interno, se da a partir de la puesta en juego de experiencias, en torno al hacer. Ese hacer, ese experimentar, es originante. Origina vida, produce subjetividad, posibilita agenciamientos. Espacios posibles de creación de nuevos sentidos, de componer con lo que haya a partir de la sensibilidad. Nuevas cartografías para nuevas composiciones, que se escriben a partir de intensidades. Espacios transicionales (Winnicott, 1971) que devienen en nuevos puentes creados a la manera de una cartografía (Rolnik, 1989).

“Lo que hace que el individuo sienta que la vida vale la pena vivirse es, más que ninguna otra cosa, la aperccepción creadora (...) vivir en forma creadora es un estado saludable” dice Winnicott. Ahora, tomando esta cita, podríamos hacer un trabajo de deconstrucción para suplementarle algunas ideas en torno a lo que venimos planteando y decir que lo que hace que el individuo sea es la acción creadora que le posibilita vivir. Hacer previo al ser. Esta “acción creadora” es lo

que resiste a que el sujeto conserve su ilusión identitaria. El sujeto tiende a des-implicarse de que el vínculo lo constituye, lo instituye, lo origina. Mas el vivir, en tanto potencia creadora, máquina de agenciamiento, lo arroja una y otra vez a des-sujetarse, imponiéndole y confrontándolo continuamente a la inexistencia de su mismidad pensándola como entidad aislable. “Como la pared, la identidad se divide en su mismo trazado”. El vivir pone en juego y crea ese espacio potencial, como zona transicional, como entre. Convoca a des-sujetarse del sujeto y ha-ser entre otros, cabalgar sobre las tensiones que generan los encuentros (discursivos, institucionales, terapéuticos, escolares, sociales) crea condiciones de posibilidad para pensar las múltiples formas y sentidos que toman los dispositivos terapéuticos a ser construidos situacionalmente haciendo lugar al sinsentido que suponen las inconsistencias que emergen en los escenarios vinculares en devenir.

Los dispositivos, en algunas ocasiones, son solidarios de cierta forma de experimentar el mundo sosteniendo modos de producción de subjetividad rígidos y estandarizados desde una lógica identitaria a partir de la naturalización de instituidos (e instituciones) que, al trazarse de modo unidireccional, violentan el devenir subjetivo anulando la dimensión singular del encuentro con un otro(s) a partir de relaciones de poder que devienen en violencia cuando lo que se suprime y anula es la dimensión de alteridad.

No se trata de instalar un dispositivo terapéutico pre figurado en un espacio pre determinado con el ejercicio de un diagnóstico estereotipado, sino que el desafío es construir un dispositivo terapéutico en situación que entrame rizomaticamente terapeutas, pacientes, familias, instituciones, intervenciones, pensamientos, encuadres, complejidades, linealidades, persistencias, instituidos, emergentes, cultura, inconsistencias, creencias, discursos, disciplinas desterritorializando y destotalizando propiedades y representaciones para crear, sobre todo, condiciones de salud.

Dis-positivo, supone estar a disposición. No aferrarse a una posición: posición de analista, posición de analizado...sino ejercitar la dis-posición. La posición supone fijeza, lugar, estado. La disposición consiste en partir desde lo que hay, es un hacer más que un ser. Dispositivos como espacios de producción,

producción de subjetividad. Dispositivos con lógicas estáticas, con posiciones planteadas y plantadas de antemano, solo dan lugar a la re-producción de subjetividades previamente moldeadas.

Se trataría entonces de pensar que los dispositivos no son lugares del cual se parte sino lugares a los que se adviene en un gesto de invitación, en un movimiento de pasaje que lleva del creer al crear, como el recorrido de temas desconocidos, trabajando en levantar mapas, cartografiarlos, atravesando y arrasando con todas las líneas.

Pensar en la construcción de dispositivos y diagnósticos situacionales no implica construir nuevos protocolos normativos sino un tipo de sensibilidad que habite la tensión fecunda entre los flujos de intensidad y la representación, que capte fuerzas para la construcción de territorios vitales, que trabaje en la extensión creciente de las afectaciones, nunca predecibles, de las que un cuerpo es capaz en la construcción de un territorio, que vibre, que desarme las jerarquías que nos separan de nuestra potencia vital, que sea potencia en la creación de nuevos modos posibles de estar en el mundo, de nuevos mundos posibles que expandan la vida y la potencia de actuar teñidas de un tono alegre. En este escenario nuevas preguntas y nuevos problemas se van configurando.

¿Cómo potenciar espacios tan desvitalizados, cómo hacer circular algo del orden del deseo en escenarios desubjetivantes? Deleuze propone que entremos a la filosofía dispuestos a encontrar lo que convenga a nuestras vidas. Pensamos y proponemos que entremos a los dispositivos dispuestos a encontrar lo que convenga a nuestras vidas. La construcción de dispositivos situacionales supone movimiento, un fluir, una corriente, pliegues que profanan espacios sagrados, que emancipan del aprisionamiento de lo instituido. Algo de esto se pone en juego cuando se habitan espacios colectivos de pensamiento, espacios que nos componen, que hacen de nosotros profanadores de aquello venerable y susceptible de culto.

Stengers y Pignard (2018), asignan al capitalismo la fuerza de un poder brujo, y su eficacia está relacionada a la destrucción de lo político. La idealización de la creatividad espontánea, dicen los autores, ratifica esa destrucción, identificando

la política con un poder que no habría que tomar. Sostener que la lucha política también designa una cuestión de creación supone desarmar una suerte de emergencia espontánea de uniones circunstanciales. Concluyen, no se hace política sin saberlo.

Hay una marcada disimetría entre una política mayoritaria, universal, igualitaria, sostenida en torno a valores consensuales que se expresa en una creciente y fervorosa elaboración de protocolos, y una creación política. Politizarse es de algún modo resistir al poder. Recuperar lo que el protocolo niega, libertad y espontaneidad, para protegernos de aquello que nos envenena y embruja.

Se nos plantea una politización de la existencia. Lopez Petit (2009) nos dice que tener una vida política significa permanecer de pie, no arrodillarse ante la realidad, ante esa realidad que hoy aparece como sinónimo de capitalismo. Y vas más lejos aún, aunque más cerca, llevar adelante una vida política es llevar adelante una vida simple, que se construye sobre gestos simples. Amar, pensar y resistir.

La exacerbación de la vida será la condición de posibilidad del amar y del pensar. El punto de partida será una política que se basa en el enfrentamiento entre mundos, no para construir primacías de unos sobre otros sino para crear un mundo en el que quepan todos los mundos. Defensa del gesto radical, defensa de lo simple, a partir de una politización del malestar (social) que nos atraviesa.

En el medio...

...el sufrimiento. Hay medios que no merecen la valoración positiva que otorgamos desde algunos marcos conceptuales. Quizá porque no sea lo mismo ese entre, ese espacio intermedio que impulsa a pensar desde el medio de aquello que queda en el medio. “Quedar en el medio” es efecto de posiciones estables, fijas que disponen de lugares. Allí quedó J, allí quede desorientado junto a él luego de ser sancionados e interrumpido nuestro espacio de trabajo terapéutico.

J tenía 3 años cuando lo recibí en tratamiento, diagnosticado con TEA, llego con la mirada fija, con un marcado y profundo repliegue afectivo y conductual. Era escaso e infrecuente que manifestara interés por lo que lo rodeaba, por supuesto estando incluido yo en aquello que lo rodeaba, pudiendo pasar un considerable tiempo de la sesión deambulando por el consultorio acompañado de un esbozo de juego repetitivo y estereotipado que despliega aspectos más cercanos a lo, que habitualmente diversas teorías calificarían, como pulsional. Dudas e incomodidades empezaban a esbozarse, ¿Sería posible pensar y trabajar varados en lo pulsional?

Ante la convocatoria respondía, siendo posible sostener una actividad compartida por periodos breves. Estas actividades eran preponderantemente de carácter corporal escenificadas en bailes, saltos, corridas, upas, aplausos, etc. En estos espacios hay mayores posibilidades de conexión con J, quien suele mostrarse alegre, sonriente y participativo en este tipo de juego.

Indicios. Lo pulsional no alcanza. El contacto visual, empezó a lograrse no por aprendizaje sino por experiencias compartidas. Una acentuada oscilación, desde la independencia absoluta del ambiente que parecía mostrar a un encuentro con lugar para las risas y el contacto. Indicios. El movimiento como elemento que conecta. Empezamos a favorecer ese tiempo-espacio en el cuerpo y con los cuerpos.

Tras el primer año de trabajo ha logrado mostrar principios de comunicación no verbal a partir de gestos y señalamientos. Mostrando enojo y llanto ante las situaciones de insatisfacción.

Nos propusimos un nuevo año de trabajo. El inicio requirió algunos encuentros previos con los padres. Llegaban con dudas y cierta angustia. Cada inicio de año J es evaluado en un reconocido centro de rehabilitación neurológica, allí permanece unos días ¿internado e interrogado? sometido a test y entrevistas en función de los cuales se determinan las estrategias terapéuticas.

Recetas. Dos de psicopedagogía. Dos de fonoaudiología. Dos de psicología, pero con advertencia. Se sugiere cognitivo conductual. Va la advertencia ante mi informe, (des) cifrado en otros códigos. Ante la inquietud de los padres, la profesional tratante les dice que en última instancia pueden no cambiar de psicólogo, pero si sumar alguien más que trabaje desde esa perspectiva.

Con esas dudas iniciamos el segundo año de trabajo. Los recibí también con mis dudas. ¿De qué se trataba esa propuesta? ¿Y J? Su autismo era bien considerado para establecer las pautas y estrategias de intervención pensadas más para su patología que para él.

Confianza. Así seguimos un año más. J es capaz de seguir consignas simples y sostener por breves periodos de tiempo un intercambio comunicacional no verbal a partir del uso de mediadores simbólicos como pueden resultar ser la música, el dibujo y elementos para la actividad física. Ha logrado mostrar indicios de comunicación no verbal a partir de gestos y señalamientos. En el plano relacional ha incrementado su interés y capacidad vincular.

En el transcurso del año es notoria su evolución, si bien conserva momentos de mayor despliegue pulsional, las trayectorias y recorridos dentro del consultorio aparecen más regulados y dispuestos al encuentro con otros y sus propuestas. Considero pertinente destacar el creciente interés que muestra ante la presencia de otros niños a quienes se acerca con intención de contacto. Siendo que este puede ser un terreno fértil donde pueden nacer coordenadas compartidas que desde el juego logren hacer crecer y desplegar para el niño un “nosotros”, comenzamos a trabajar con grupos de chicos, en zonas y espacios sin mayores

coordinadas ni objetivos que la posibilidad de estar en un tiempo espacio compartido.

El patio, esa locación sin lugar dentro de la institución, comenzaba a ser importante, puede observarse en J un interés creciente por la comunicación y el juego. En ese terreno se despliegan conductas imitativas, que vía identificación, favorecen la construcción de un cuerpo integrado y en vínculo.

Repetición. Una vez más llega el periodo de evaluación. La prestigiosa institución insiste y persiste, ahora con mayor rigor. Es necesario para J. un psicólogo que trabaje desde una perspectiva cognitiva-conductual. A partir de mi informe, se concluye que no doy con el perfil. Hay cosas que el niño debe aprender e incorporar. ¿Debería enseñarle? Caminos inversos. Lo más difícil no es aprender, lo difícil es experimentar libertad y movimiento.

Los padres se muestran desconcertados, confían y sienten que los espacios terapéuticos de J son eficaces, generan un ambiente favorable para su desarrollo y maduración pero no enmarcan en su cobertura médica. No creen en ese diagnóstico, van sabiendo que J no responderá los test porque no conoce a la persona que los administra, y entonces me preguntan qué es lo que se evalúa. Les consulto porque van. “Porque no tenemos alternativa”. Alternativa infernal.

El protocolo médico, indica tres sesiones semanales de trabajo cognitivo-conductual. Deje de atender a J. Lo veo a él y a sus padres en la sala de espera en la que trabajo, tiene lo que le dieron, pero ¿lo puede poseer? J empeora su cuadro, más medicación es la respuesta, la familia está peor, pero a resguardo económico porque su obra social no hace objeciones. J tiene 3 de esto, 2 de aquello y 3 más de esto otro, pero sin sal.

Me surge un interrogante, la misma que tienen los padres de J. ¿Qué se evalúa? Quizá se plantea evaluar lo que no hace J. Entonces hay un solo camino, intervenir para curar, para dar lo que no tiene. Pero sanar no se deja medir, igual que el jugar. Los movimientos espontáneos quedan encorsetados, restringidos al protocolo.

No debe confundirse hacia donde tratamos de dirigir la atención. No es una demonización de una corriente teórica. Es la puesta en cuestión del uso y abuso del poder, de la construcción de un pensamiento hegemónico teñido de necesidad tendiente a construir alternativas infernales que se sostiene en puntos certeros incuestionables. Hacia allí vamos. ¿El autismo y lo cognitivo-conductual tiene una relación de necesidad?

A quienes intentamos pensar “por el medio”, no pensamos teorías contra teorías, porque lo que importa es el desarrollo y la construcción de una autonomía creativa favorecedora de corrientes vitales que atraviesan el vivir. Porque parte de la eficacia del sistema brujo (Stengers y Pignard, 2018) con el que nos enfrentamos no admite ni escatima esfuerzos en dividir a aquellos que quieren enfrentarlo es necesario desasirse de conferir a un grupo particular el privilegio de una posición legal, indisociable de su identidad práctica. No, no peleamos por un lugar sino por la posibilidad de construir prácticas locales capaces de hacer crecer nuevos territorios existenciales.

No parece haber teorías que legitimen una práctica minoritaria, se experimentan. Y sirve si es eficaz, posibilitando lo que no se puede explicar. Posibilita la irrupción de un modo de pensar y sentir que escapa a las generalidades que exigen adhesiones. Volverse capaz de narrar una experiencia es un desafío que se presenta ante la tendencia que pide armados de protocolos para dar respuesta científica a lo humano.

Se exige que nuestros trabajos sean evaluados en términos de consecuencias, pasados por el filtro de los intereses que los alimentan y sostenidos en beneficios obtenidos u por obtener. Tristeza. Forzados al sometimiento. ¿Quiénes? Todos. Resistir. ¿Cómo? Creación política. Creación de espacios-tiempos para alojar lo no medible, para crear condiciones capaces de dar lugar al movimiento de la espontaneidad. ¿Qué condiciones? Confianza. Continuidad. Disponibilidad. Y la posibilidad de vivir-crecer en otra dimensión del tiempo, no aquella medible cuantificable, sino en tiempo de espera.

La capacidad de espera. Tiempo y Ambiente

Allí está la Sala de espera, espacio transicional, lugar de encuentro en el que se espera que algo acontezca dentro de las cuatro paredes que llamamos consultorio.

Y luego de la espera, la decepción. La constatación de que allí dentro no ocurre nada, porque las cosas nunca ocurren adentro ni afuera, porque si hay algo que llamamos acontecimiento sólo puede ocurrir en un lugar que no existe.

La sala de espera, un espacio sin existencia en el que existen las personas. Lo vivo sometido a lo muerto de la preexistencia. El consultorio, ese lugar lleno de herencias embalsamadas y fosilizadas que nos esforzamos por recuperar sesión a sesión.

Mientras B busca por enésima vez el juego que conoce desde hace 10 años y al que ya le faltan algunas piezas que no hacen falta porque el recorrido se hace de memoria, en los pasillos hay olores, sonidos, risas, conversación, saludos, comida.

Esos pasillos están libres de opuestos. Nos confundimos sin fundirnos. Se desarman las jerarquías y los saberes. Y allí surge la pregunta por lo vivo, por la vida, por la existencia. ¿Cómo hacer lugar? Surge así la propuesta de crear espacios de encuentro, sin actividades preestablecidas, sin nada que se pretenda educativo. Encuentros habilitados para alojar lo que allí suceda, primero entre los adolescentes, luego entre profesionales, luego entre padres, luego entre todos.

Si el dispositivo se constituye en un ente rígido, se deja por fuera al quehacer vincular. Cuando se utilizan diagnósticos universales, los dispositivos reproducen subjetividad, subjetividades moldeadas por lógicas estática, el diagnóstico aparecería como un sedimento, un lugar estancado, sendero fijo a recorrer por un camino unívoco, sin dar lugar a atajos, caminos vírgenes, lugares imprevistos (Altobelli-Guaragna, 2020). Suely Rolnik (2013) propone la superación de la anestesia de la vulnerabilidad al otro: “Es que la vulnerabilidad es condición para que el otro deje de ser simplemente objeto de proyección de imágenes preestablecidas y pueda convertirse en una presencia viva, con la

cual construimos nuestros territorios de existencia y los contornos cambiantes de nuestra subjetividad.”

Esas imágenes me forzaron a pensar en que algo debía ser tomado y ser trabajado para recuperar y/o construir cualidades ambientales capaces de restituir lo dañado, crear lo dado para favorecer la continuidad del ser-estar, de la existencia, en un movimiento de desadecuación vital que permita destituir los lugares prefijados.

Pequeñas escenas que conmueven y que poco a poco fueron generando en mí una capacidad de registro susceptible de ver allí algo que necesariamente debería ser considerado en el devenir de los tratamientos.

Los adultos que acompañaban a niños y niñas dormían en lo que llamamos sala de espera, los niños y niñas parecían adormecidos en los consultorios durante las horas de sesión. Pasaban de un consultorio a otro, de fonoaudiología a psicología, de allí a psicopedagogía. Un andar cansino, repetitivo, monótono, ¿burocrático?

A modo de confesión, también los profesionales tratantes sufríamos la misma somnolencia. ¿Se puede seguir así? ¿Se puede vivir así?

La respuesta es sí. Somos capaces de sostener vidas adormecidas, con el deseo y las ganas sometidas. Quizá sea eso lo que me conmovió.

Juan Vasen me compartió un grafiti que un adolescente pintó en las paredes del Hospital Tobar García: “En este lugar todo encuentro casual es una entrevista”. Nada más contundente para describir un escenario en el que abrir espacio a lo inesperado de una experiencia posible queda clausurado. Contiene un anhelo la frase, hacer posible lo improbable. ¿Cómo? Generando condiciones ambientales que sean capaces de contener una experiencia, imprevisible, improbable, pero que solo tendría posibilidad de acontecer si allí no hay elementos intrusivos que le den valor de entrevista a todo encuentro casual. No es lo mismo prepararse para una entrevista que ir dispuesto a un encuentro, llegar con cierta porosidad que permita sentir y hacerse sentir sin previo aviso.

La sala de espera armó una pregunta acerca del tiempo y el espacio. Un lugar. ¿Qué lugar? Espera y tiempo se entranan, se rozan, se repelen, se solidarizan, se contradicen, se necesitan. ¿Se necesitan?

Hay distintas cualidades de espera. Si la espera es expectativa de algo, es anhelo de repetición de experiencias que, aunque transformadas, crean la ilusión de prepararse para lo que acontece. Entonces lo esperado falla, no recubre ni colma el estado de expectación previa porque lo que sucede lo desborda. La no correspondencia es la característica de este estado de espera subjetiva. Allí la espera sigue una sucesión temporal lineal: anhelo, espero, lo esperado trae lo inesperado, angustia, desesperanza.

Hay otras dimensiones del tiempo, Janine Puget⁴ nos trae la temporalidad del instante que abre a bifurcaciones no solo infinitas sino imprevisibles. Hay también una temporalidad que corresponde a la decisión, al momento justo, siempre singular. Esta temporalidad promueve, como dice la autora citando a Agamben, estados que generan la vivencia perturbadora de que no hay adentro y afuera, ni ahora ni antes, un ya no y un aún no. La linealidad se fractura, estalla, desencaja el tiempo y el espacio. Entonces esperar en ese tiempo supone algo distinto al anhelo, a la expectación. ¿Quién puede prever lo que se espera? ¿Quién puede prever lo que sucede después de esperar? Esperar que llegue el tiempo justo, esperar un rato.

Esperar aquí es un modo de estar. Esperar estando en barbecho. Un infinitivo activo. Barbecho, *“Tierra de labor que se deja uno o más años sin cultivar”*.

Dice Masud Khan⁵, *“...estar en barbecho es un estado transicional de experiencia, una forma de ser que es tranquilidad alerta y conciencia receptiva, despierta y ligera. Esperar no tiene que ver con la inercia, con la inactividad, con la huida hacia la inacción. Ya se trata de otra experiencia en el tiempo, esperar en un tiempo que fluye siempre como presente, siempre en movimiento.”*

El mismo autor dice: *“la capacidad de estar en barbecho es una función del proceso de personalización del individuo. Esos procesos de personalización no*

⁴Puget, Janine. “Subjetivación discontinua y psicoanálisis. Lugar Editorial. Bs. As. 2015

⁵ Khan, Massud: “Locura y Soledad, Entre la teoría y la práctica psicoanalítica”. Lugar Editorial. Bs As 1991.

es posibles pensarlos por fuera de un colectivo, se entraman en una matriz de relaciones que si la cosa marcha bien se cristalizan en la construcción de una propia intimidad, una realidad interna y un sentido de relación con el medio social.”

Esperar en estado de barbecho supone una capacidad personal y una experiencia de intimidad pero que a su vez necesita de un ambiente de compañerismo para que se lo pueda soportar y mantener. Estar en barbecho es la prueba de que una persona puede estar consigo misma sin intencionalidad. Las exigencias de definiciones, de respuestas, de rendimiento y eficacia atentan contra esta dimensión de la espera. Se transforman en exigencias coercitivas silenciosas que impiden el desarrollo de esta capacidad, creando efectos de despersonalización que se nominan luego desde una nomenclatura patologizante. Trastornos de ansiedad, déficit atencional, ataques de pánico, monstruos de mil cabezas que se alimentan del tiempo de espera necesario para vivir, porque uno es real y está vivo solo en las propias soledades. Paradoja, para estar solo hay que estar acompañado. Alguien debe custodiar el estado de barbecho del otro, alguien debe sostener el estado de espera. Esperar, experiencia personal e intransferible pero que solo es posible acompañado.

El dispositivo clínico es el lugar de la experiencia, del no-saber, plantea J.Rodriguez sería ese lugar del mientras tanto en el cual se está sin saber, se pierde, se deriva, se angustia, se ríe, se llora, se enoja, se está ansioso, relajado, aburrido, abrumado. Porque la espera no se traduce en un solo sentimiento, en una sola emoción. Uno en la espera, espera con lo q tiene en ese momento. En tanto es un estarser entretanto, en un(os) tiempos o sin tiempo. En ese sentido la espera es activa ¿o se activa la capacidad de espera?

En estos tiempos en que parece que el tiempo se escapa, que no hay tiempo, la capacidad de espera es un proceso que da tiempo. La espera se constituye en uno de los lugares en los que nos damos y construimos tiempo

Cuando el ambiente se impone sin miramientos, deviene intrusivo y hostil. Sin respeto. Empuja a la ausencia de espera, condena a la respuesta inmediata y entonces nos vemos compelidos a responder. Una servidumbre en nombre de la

respuesta inmediata que atenta contra los procesos de personalización y el devenir subjetivo. En estos climas sociales ninguna autonomía es posible para nadie. Demandas y contrademandas hacen que la única dimensión posible del tiempo sea la cronometrable, y sabemos que la espera se escurre, se derrama en todo tiempo medible.

¿Quién puede decir cuál es el momento justo para dejar de esperar? no existe momento justo por fuera de la experiencia vivencial, no hay linealidad posible allí. Sustraerse de la medición, que el tiempo escape al tiempo, son condiciones necesarias para crear instantes capaces de generar cambios y bifurcaciones imprevisibles en nuestras vidas. Esperar *en* un tiempo y no esperar *un* tiempo. Generar condiciones para encontrarnos con un tiempo sin medida

¿Cómo transformar la sala de espera en un “living”? Pensar-hacer algo que recupere el valor del gerundio, construir un ir siendo capaz de darle vitalidad a un espacio devitalizado en el que se espera que las cosas sucedan siempre en otra parte. De las entrevistas a los encuentros. Ahí pudo construirse un pasaje. Que extraño empezar a percibir la ajenidad que genera el convocarse a una entrevista cuando existe (sin agarrarse) la posibilidad de encontrarnos a cada *rato* con estos padres que esperan. La entrevista a padres puede ser una manifestación mas de la protocolización de la vida.

No hay encuentro sino en la medida en que éste logra hacer que surja otro lugar dentro del aquí. Si el encuentro se torna relacional no hay otro. Hay un analista, hay un paciente, hay los padres de los pacientes, pero no otro(s). El encuentro no funda, ni garantiza una relación, sino que de entrada la desborda. Ser capaces de esperar para encontrarnos. Otro pasaje. Pasaje. No de un lugar a otro. Pasaje en tanto trayectoria. ¿Cómo desarmar la idea de entrar y salir? De la sala de espera al consultorio y viceversa. Crear condiciones para vivir en y desde el medio, de forma tal de escapar lo mas lejos posible a la distinción interno-externo. Así fueron surgiendo ideas, pero sobre todo haceres, porque si algo constituye a un espacio como intermedio es la necesidad de experiencias reales y actuales. El experienciar pensado así como otra realidad psíquica, que se caracteriza como fugaz y a la vez permanente (mientras dura). Living, vivir viviendo, si hay algo que define a lo intermedio es el vivir.

No se trata de “incluir” a la sesión lo que ocurre en la sala de espera, eso sostendría el presupuesto de una locación en la que las cosas debieran ocurrir. Habitar esos trayectos, hacernos parte para lanzarnos fuera de lo establecido. La sensación que atravesaba los espacios eran de empantanamiento, las cosas estaban en su lugar. Quizá demasiado adecuadas a lo que se espera, apuntalando una normalidad preestablecida. Como efectos de ese empantanamiento aparecen al menos dos elementos que quisiera tomar para describir lo que nos ocurría. La retracción de los posibles y el debilitamiento de la capacidad de existencia.

Continuidades. Mientras esperaban ingresar a sus sesiones a veces nos encontrábamos con niños que se miraban, a veces intercambiaban, no siempre jugaban. Cuando los veía juntos se me ocurrió empezar a ofrecerles seguir así, juntos. Empezaron a ingresar juntos al consultorio, primero dos, luego tres, luego cuatro. Porque los que empezaron a ingresar al consultorio son también los colegas que preguntaban dónde estaba su paciente. Empezaron a surgir así no-coincidencias. ¿Era un problema? Si. Pero de esos que fuerzan a pensar.

Inicios de lo posible. Lo imposible parecía que era que los chicos y chicas empezaran a vincularse. ¿Qué clase de delirio nos hace sostener la idea de que desde la individualidad puede trabajarse todo? Informe tras informe, presentados a obras sociales, escuelas, juzgados, centros de integración escolar, se destaca la dificultad que presentan nuestros pacientes para vincularse, relacionarse con pares. Me gusta decir dificultades para estar con otros y entre otros. Lo posible fue que empezaron a tramar otro tipo de encuentros.

Quisimos pautar actividades al comienzo, talleres, actividades. Ellos y ellas nos llevaron casi de la mano por otro camino. Clínicamente la tarea es posibilitar, no interferir tanto como para generar efectos reactivos. Proponer experiencias de reciprocidad, mutualidad, repetición y recuperación. Posibilitar. Otros posibles. Hay allí cierta afinidad en la que empezamos a sentirnos a gusto. Jullien se pregunta si un paisaje es de este mundo. Un paisaje pertenece al mundo y sin embargo no se contiene en él. Nadie puede poseer un paisaje, ellos producen

un desprendimiento. Cada encuentro es como un paisaje, hace desbordar de una manera no controlable lo que allí sucede.

Hay aquí nuevos inicios. ¿Por qué inicios? Principio y fin son solamente indicadores temporales que no hacen más que responder a la noción del cuándo. “Principio” no dice nada en relación a como se realizó, es ya una culminación. Al igual que el fin se contenta con indicar un término, una detención en el tiempo. “Inicio” significará que algo mínimamente pasó, a modo de un encuentro que funcionó, a partir del cual poco a poco se entabló un proceso, poco a poco se despejó una posibilidad. Inicio nos situará más en el núcleo de lo fenoménico al reducir la irrupción de la explicación causal que presupone entidades y codifica relaciones. Lógica de implicación que se pretende más descriptiva que explicativa, porque la explicación apela siempre a una exterioridad.

Algo mínimamente paso. Así fue siendo. Así M empezó a venir temprano, mucho antes de sus sesiones, para “estar”. A veces dormía (¿que otro gesto de mayor confianza hay? Permitirse la vulnerabilidad de dormir delante de otros), otras veces hacia mate, y otras esperaba. F que era una amenaza, por su contextura física y dificultad para dialogar, empezó a traer papas fritas para compartir. Hoy nos habla de cine y series porque sabe mucho de eso. N que no podía interrumpir una verborragia devoradora y repetitiva empezó a conversar con M de fútbol. Las reuniones eran en mi consultorio, junto a mi colega. Psicopedagogo él, músico, compañero, audaz. Casi por casualidad llegamos al patio que está dentro de la institución. Otro inicio.

El patio se pareció más al barrio que al consultorio y allí, otra vez, algo mínimamente pasó. Múltiples y diversos espacios en un solo espacio. Se favoreció el gesto espontáneo, la risa, el ruido, el vivir. Cada vez menos taller, cada vez más encuentro. A alguien se le ocurrió que esa parrilla que estaba allí, sin uso, podía usarse. Fin de año nos sorprendió con el fuego encendido. Toda una imagen. Estar en torno al fuego, mientras se cocinan los alimentos, es el inicio de la cultura. Ese tiempo-espacio en el que se narran y se tejen las historias. Y si hay algo que pudiera describir lo que allí empezaba a suceder, dirían que son ganas. Ganas desbordantes. Ya no alcanzaba el patio, entonces fue el cine, fueron los cumpleaños, fueron las salidas, fueron sin nosotros. O con

nosotros, O paradójicamente solos pero acompañados. Uno de los padres me dijo al terminar una de las reuniones: “cuanto ruido que hicieron”, a S (su hijo) hacía tiempo que no lo oía reír. Los padres empezaron a hablarse, hoy se juntan a tejer y merendar también fuera de la institución. La secretaria ya no hace café para los “profesionales”, ahora prepara el café y el té para las madres, padres, abuelos, abuelas, y quienes estén en esa sala de espera en la que ya no se espera nada. Se vive.

Lo expansivo hecho cuerpo, lo expansivo ganando calle, creando barrio, haciendo comunidad. Ocupar lugares. Jugar. Confiar. *“El barrio, lugar de los monopolios difíciles. Algún privilegiado dominaba la pelota y la palabra, el billar y el escolazo, pero no leía a Nietzsche. Todos, y no siempre en secreto, descubríamos límites. Torpezas, miedos, vergüenzas, pudores, terrores, nos acompañaban siempre. Uno no peleaba, otro no podía perder. Uno se caía siempre, otro no podía dar. Otro no tenía...”* (Jorge Rodríguez, 2007) El barrio, el patio, el lugar. Espacios que necesitan experiencias reales y actuales. Presencias. Un encuentro, no será nunca sino ese encuentro, inconmensurable en su presentación y ninguna generalización puede ocultarlo. Vivir es intermedio, fugaz e inmediato demasiado comprometido el cuerpo como para situarlo como objeto de un proyecto u objetivo. La existencia está hecha de singularidad. Promover lo inmediato del vivir, en tanto singular, sin dejar que se oculte bajo la abstracción. Eso es sentarse en el cordón de la vereda. Esa existencia que se juega allí, bajo una constatación directa que no se construye en el pensamiento. Desde que hay un mínimo de presencia, un instante, un mate, una mirada, una risa, hay una garantía de existencia singular. Existir ocurre o no ocurre.

De villano a héroe. De no jugar a jugar.

G no dejaba de hablar de dinosaurios. Una y otra vez con cada uno de los profesionales con quienes se atendía. No había disciplina que pudiera convocarlo. Pero tampoco él lograba convocar. Los encuentros no eran encuentros, eran espacios de repeticiones monótonas. El error sería considerar que solo G era quien repetía. Si había que podía definir lo que allí ocurría era el tedio. El desánimo circulando por los cuerpos, con efectos radiactivos, silenciosos, inquietantes y sobre todo amenazantes. Tan amenazantes como los dinosaurios de los que G contaba.

La tediosa tarea de definir genera desánimos e imposibilidades. Cierta compulsión diferenciante que empuja a saber qué es y qué hacer. El tedio entonces como condición previa al tedio como efecto, el desánimo y la imposibilidad de estar y jugar. A la insistencia de G se le respondía con otras insistencias, quizá por la dificultad para respetar lo que no se comprende. ¿Cómo atravesar ese camino?

G interpela permanentemente nuestra comprensión. Sin los ropajes de lo conocido, atravesar lo desconocido genera temor. En la sala de espera, recurrentemente, levantaba una silla y la colocaba por delante suyo. “G, deja la silla en su lugar”. “G, vas a lastimar a alguien”. Los más chicos lloraban, les daba miedo verlo caminar con la sala silla en mano. La secretaria de la institución mostraba preocupación. También su madre, también quienes acompañaban a otros niños y niñas. Pero, también los profesionales tratantes. Apelar al diagnóstico para pensar que sucedía allí no contribuyó. Tampoco saber si su actitud era hostil o defensiva. G seguía levantando la silla y recorriendo la sala.

Un giro en el abordaje se necesitaba. Algo que permita poner en perspectiva, salir del lugar de los atributos personales para poder pensar intentando evitar estereotipos. De lo subjetivo a lo ambiental es un movimiento capaz de suscitar otro modo de pensar y pensarnos. Una narración que de algún modo genera (¿o visualiza?) fisuras en la ficción del yo. Esas narraciones, del yo, de la identidad, del sujeto se sostienen como artificios diferenciadores. Le respondemos con ambiente.

Estas dos breves escenas son inquietantes. Compulsan. Se necesita hacer algo para justificar intervenciones, tratamientos. Normalidades que empujan a hacer cosas para justificar la vida, con cierto desprecio acerca de construir un estar no intrusivo capaz de sostener, esperar y favorecer modos personales de vida entramadas en lo grupal. En parte, ambiente es la condición necesaria para ello. Cada vez que G nos visitaba con sus dinosaurios y su silla, a cambio, recibía diversas formas de desamparo en función de ser pensado desde recurrencias normativas imponiendo palabras que no necesita por la imposibilidad nuestra de experimentar intensidades sin nombre.

Podría elegirse ver que hay algo que no se ajusta al estatuto de lo esperable. ¿Un niño en un consultorio alzando sillas e insistiendo con dinosaurios? ¿Acaso esto no supondría pensar que hay una palabra, un gesto, un modo de habitar el mundo que se adecuaría a algo del orden de lo normal, de lo válido, de lo verdadero?

Podría preguntarme ¿Qué representan los dinosaurios o las sillas?

Pero tal vez podría quedar enredado en palabras que intenten traducir lo intolerable en comprensible, en emitir juicios de atribución que delimitan lugares, de sustantivizar al sujeto, de buscar un predicado para cada sujeto, de rastrear un origen único que explique la escena y así poder explicar que sucede.

Pero también podría elegir interpelarme por hacer lugar gesto de invitación que supone la perspectiva de hospitalidad en lo vincular del encuentro analítico. Si la condición de posibilidad del sentido es el sin-sentido, ¿Por qué no abrir y sostener la clínica desde el sin-sentido? ¿Por qué no alojar esta dimensión del vacío y despojarse del saber constituido?

Podemos correr de nuestro lugar (si es que existiera “un lugar”), y diferir, y dejarnos correr, y perturbarnos, y conovernos, y agenciar, y devenir, y subjetivar-nos, y además “y”. “Y” donde se juega lo vincular, “Y”, que como producción vincular inaugura lo otro.

Podemos dar lugar a los dinosaurios y a la silla sin darle lugares asignados, sin asignarle pertenencias. En sesiones vinculares de G junto a su madre se siente una atmosfera irrespirable, todos los espacios son cubiertos por la madre. Si se le pregunta a G, ella responde. Sin intersticios, G es solo un eco. Devora, hay que defenderse de ella. Una visión posible, quizá pertinente. Elijo decir, sin embargo, que ni la madre es un equivalente simbólico del dinosaurio ni la silla una posición hostil y/o defensiva de G sino que no pertenecen (a nadie), hacen al niño, hacen a la madre, hacen al lugar de analista, hacen al análisis, hacen al dispositivo. Se juega, se constituye, se destituye, se arma y desarma en el espacio analítico sin localizarlo, sin dejarse localizar. Esas muchas cosas que “hace” no definen lugares.

Desandar el camino de la representación, alojar el sin sentido, dar lugar al acontecimiento, pensar que el saber (como el deseo) es constructivista, revolucionario, que el pensar no es poder y que se trata de poder hacer.

En reunión de trabajo de la institución pensamos que ese movimiento tendría que ver paradójicamente con no hacer, o me gustaría más llamarlo *un hacer nada*. Poder estar permaneciendo en una zona de inmadurez, de no diferenciación. Salirse del principio de condena que implica diferenciar y asociar. El *entre* es la experiencia de la no forma. Allí los dinosaurios y las sillas no representan a nada a la vez que son todo. Un movimiento de des-fijación, de renuncia parcial a objetivos y logros más normativos que madurativos. ¿De qué le serviría a G aprender fonemas si no puede jugar?

En esta cualidad de la espera, sostenida en ese *estar permaneciendo*, se van creando condiciones para el desarrollo personal orientado hacia una existencia experiencial y singular. Es sobre la base del jugar que se construye la existencia experiencial. Ocupar ese espacio intermedio necesita de experiencias reales y actuales, que efectivamente ocurran. Mas que representaciones, presentaciones.

Que G pueda pasar de no jugar a jugar. ¿Cómo? Esperando. Construyendo condiciones que lo permitan. Un primer movimiento es escapar a la distinción interno-externo. Eso es ambiente. Allí se trabaja sobre el cuerpo, el movimiento,

el gesto espontaneo. También con la palabra, pero no solo. No con la pretensión de que un lenguaje sea capaz de traducir todas las formas posibles de la comunicación.

Meses y meses jugamos con los dinosaurios, los libros esperaron en los cajones porque para que aparezca el otro lo que deben desaparecer son las categorías. Y nos reafirmamos en el encuentro. Menos sesiones, más encuentros. Grupos para compartir espacios y no tareas. La pretensión de implantar saberes y haceres genera inmovilidades, normalidades, inmoralidades que atentan contra el vivir. ¿Será ese nuestro trabajo? Seríamos cómplices.

Jugar requiere de la capacidad psíquica para contener una experiencia. ¿Cuál? La que se construya allí, fugaz, imprevisible. Los dinosaurios poco a poco empezaron y empezó a hablar. En una reunión con el grupo de chicos uno de ellos lo vio con la silla por delante suyo, levantándola, y antes de que algún adulto diga algo (obstaculizando) un compañero de grupo lanzo una pelota sobre la silla y grito “emboque”. G se quedó parado y todos los chicos empezaron a jugar a embocar. Efectivamente la habían embocado como se suele decir luego de un acierto.

Al encuentro siguiente G buscó la silla, pero nadie lanzó ninguna pelota. G no claudicó, y comenzó a perseguir con una sonrisa a los demás chicos silla en mano. Se me ocurrió decir “cuidado con *sillaman*”. Algunos tomaron sillas para enfrentarse al feroz superhéroe, quisieron sacarle sus poderes, armaron guaridas e historias de villanos y personajes fantásticos que defendían la paz mundial.

Los dinosaurios, figuras insistentes y estereotipadas en un momento devinieron juguete. El mismo elemento siendo otra cosa. Pero también la silla devino juguete. No porque antes no lo eran y ahora lo son, sino porque la provisión ambiental permitió que se vaya haciendo un territorio de juego intermedio. Jugar es estar haciendo cosas, y no simplemente pensando o deseando. Jugar es hacer y no depende del pretexto del juguete, sino de la disponibilidad ambiental capaz de soportar y alojar esa dimensión potencial que es el jugar. Sin prisas,

sin implantaciones de sentido prematuras, habilitando un espacio protagónico de encuentro con los otros y sobre todo con las cosas.

Sin moralejas. Derivas al infinito

Garantías y riesgos

Hay un miedo que proviene de la ausencia de garantías, y esa ausencia es constitutiva. Esto podría querer decir que tenemos que sabernos, sentirnos y pensarnos expuestos al riesgo. De alguna manera es estar expuestos a la inconclusión del sentido. Como dice Nancy (2021): “comprendemos muy bien que la vida no es el mantenimiento de una inercia sino el riesgo de una existencia”.

En ese riesgo habita la clínica, y también el vivir. Un destino para errar, si consideramos que errar no es extraviarse de las sendas trazadas sino recorrer un espacio sin rutas ni puntos de referencia.

Areverse a asumir el riesgo de vivir en una situación de no saber. Asumir ese riesgo pasa por la disponibilidad a lo desconocido que viene. No es cuestión de creencia sino de fe, definida como ese consentimiento a la incertidumbre que plantea que lo único que puede hacer la vida es arriesgarse a vivir mediante la transmisión de la vida, y no mediante la carrera por la prolongación de las existencias individuales.

Toda experiencia es experiencia de una incertidumbre que nos lleva por fuera de nuestras programaciones. Hacer una experiencia es estar siempre perdido, se pierde el control. En un sentido, uno nunca es realmente sujeto de una experiencia, es más bien ella la que suscita un sujeto nuevo.

Experienciar, siempre personal e intransferible. No sin otro(s), sino entre (otros). Una aventura que merece, y debe ser cuidada, ponerse al abrigo a partir de la provisión de elementos materiales y no materiales para la existencia.

Casas y abrazos

Aunque la mayoría de las veces existan lazos privilegiados es todo el entorno humano el que abraza del mundo exterior. Son los brazos que llevan, la mamadera o el pecho que alimenta, la cuna, pero también el nombre que habilita identidades posibles, la ley que prohíbe un asesinato y el incesto, la casa, paredes que protegen del calor y del frío, de la intemperie.

La morada garantiza la permanencia de la vida porque envuelve a aquellos y aquellas que cuida, alberga. “La casa resguarda la ensoñación, la casa protege al soñador, la casa nos permite soñar en paz dice Gaston Bachelard. No es la casa la que protege de los peligros a quien habita el mundo, es el amor que contiene, y su marca son los objetos, las cosas.

Recibir en una casa no es invitar a los huéspedes a compartir una vida en familia. La invención de los pasillos y las habitaciones permiten un movimiento. Puertas que se abren y se cierran, sonidos, timbres y celulares, voces cercanas y lejanas, llantos, disputas, incluso olores de cocina, señalan la vida y la presencia de un entorno.

Nosotros construimos y decoramos nuestras casas para preservarnos de la extrañeza. Si la extrañeza no tiene ningún lugar en la vivienda debemos encontrar otros lugares para conjurarla. Las iglesias, los templos, los castillos embrujados, los trenes fantasmas y los consultorios de los psicoanalistas zumban de las palabras inquietas o de los gritos que suscita. Habitar las casas es ocupar lugares, de aquellos que llamamos “familiares” pero también las extrañezas que habitan los rincones, los sueños y los inconcientes.

Las paredes de las casas construidas por los albañiles y los arquitectos aíslan el espacio donde vivimos. Las paredes de la casa inconciente, aquella que nos abraza tanto como nosotros a ella, son a imagen de una banda de Moebius; el interior y el exterior no se distinguen.

Construir puertas para atravesarlas, rincones para escondernos, patios para salir a jugar. Cuidar la experiencia del otro, no atacar su soledad, delicadamente proteger sus miedos, sus temores y sus potencias. Necesitamos de nuestros monstruos.

Devenires al infinito

Cuando uno percibe primero el horizonte y percibe en el horizonte, es decir, cuando uno se percibe a sí mismo en el plano de coexistencia inmanente con todos los otros habitantes del mundo, humanos y no humanos, presentes y futuros, entra necesariamente en una lucha contra su propio interés y su propio estado. A esta lucha Deleuze y Guattari la llaman Devenir. El otro modo de percibir el mundo, es el propio del capitalismo, es el comenzar por un sí mismo. “Brasil acima de tudo” decía Jair Bolsonaro para graficar. Clasificar para separar y diferencias. Compulsión del yo. Compulsión capitalista.

Cada vez que los marginados intentan salir de sus territorios asignados para reterritorializarse sobre el ser ciudadano o hacerse tener en cuenta, es decir, cada vez que empiezan sus luchas, los Estados Modernos los masacran. Esta es una de las funciones de los Estados modernos, en cuanto modelos de realización de la axiomática capitalista. Se masacra con balas, con hambre y con diagnósticos clasificatorios.

Las maquinas deseantes siempre están en marcha, aun cuando se subordinan a la maquina social. Los flujos descodificados conllevan siempre su potencial diluvial, aun cuando estén completamente canalizados y regulados por los axiomas capitalistas. Y en esta afirmación de la primacía ontológica de las líneas de fuga sobre los diques, incluso para los grupos más sometidos, es donde radica toda la perspectiva revolucionaria que Deleuze y Guattari proponen en El anti-edipo.

La práctica clínica minoritaria consiste en detectar los flujos vivientes en su diferencia con los axiomas que los regulan. Deleuze y Guattari dicen: “por regla general las minorías (no) resuelven su problema por integración, incluso con axiomas, estatutos, autonomías, independencias. Su táctica pasa necesariamente por ahí. Pero, si son revolucionarias, es porque implican un movimiento más profundo que pone en tela de juicio la axiomática mundial” (Mil mesetas)

El proceso revolucionario se pone en marcha cuando las minorías se desterritorializan en un “devenir minoritario” universal, yendo más allá de la

reterritorialización axiomática sobre un conjunto particular del conjunto mayoritario. Cuando el mundo deviene minoritario la axiomática capitalista deja de actuar, dado que su funcionamiento consiste en distribuir y redistribuir lo mayoritario y lo minoritario, lo central y lo periférico, en la población.

El devenir es devenir imperceptible, no por imitación, semejanza o analogía de las minorías. Es un devenir impersonal, ya que en su deterritorialización un cuerpo ya no se individúa como una “persona” social y psicológicamente determinable, sino que su individuación se determina por la relación singular que se crea en él en cada momento, entre las líneas minoritarias que lo atraviesan.

Lo posible no preexiste, es el acontecimiento el que crea una nueva existencia, producen nuevas subjetividades, nuevas relaciones que permiten ver lo que tiene de intolerable una situación y las posibilidades de otra cosa. No alcanza con conseguir derechos, no es que no sea importante, es porque los derechos humanos nada dicen sobre los modos de existencia inmanentes del hombre provisto de derechos en el mundo capitalista.

Deleuze y Guattari escriben: “el concepto de revolución no reside en el modo en que esta puede ser llevada adelante en un campo social necesariamente relativo, sino en el entusiasmo con el que es pensada sobre un plano de inmanencia absoluto, como una presentación de lo infinito en el aquí y ahora...”

Entusiasmarse es un acto resistencia. Toda clínica política implicará entonces resistir, en la ternura, la dulzura y el trabajo. Escapar a la complicidad de prácticas enfermantes. Abrir una pregunta acerca de lo inclusivo. ¿Qué es lo que incluimos? ¿Y dónde? Un horizonte posible: politizarse para despsicologizarse. Si no podemos diagnosticar sumisiones, opresiones, explotaciones, no las sustituimos con “enfermos”. No adecuarse para poder vivir.

Des-coincidencias y des-adequaciones

Si des-coincidir es salir de la adecuación de un “sí mismo”, de su adaptación a un mundo, es por sí mismo es entonces lo que significa propiamente existir. O bien, si existir es literalmente mantenerse afuera, esto significa en primer lugar afuera de la adecuación-adaptación que al colmarse se obstruye; que al saturarse ya no deja advenir ni tampoco inventarse. Al des-coincidir con respecto

a si misma, es decir, al abrir una brecha en su normalidad adquirida (en su funcionalidad admitida), animándose a un distanciamiento, la vida se deshace de toda posibilidad de una esencia, se promueve como existencia; o sea que se aviva.

Nos hace falta una ética que no sea un renunciamiento ascético a la vida, sino que despliegue la vida como existencia. Existir es el núcleo de la ética. Es por des-coincidencia que se promueve saliendo de la clausura tanto en un yo como en un mundo, un sujeto existente. La libertad se conquista en la medida en que salimos de nuestra adecuación-adaptación a un mundo: en la medida en que “yo” me abro un margen de juego, de elección, desencajándome de la normalidad y de la funcionalidad del mundo y me arrogo así una iniciativa.

Exaptación designa la salida de la adaptación precedente a partir de la cual nuevas potencialidades pueden salir a la luz y probarse. Por una disociación con respecto a la funcionalidad (normalidad) adquirida es que se desprende y promueve un juego inédito de posibilidades. Des-coincidir no supone ningún principio vital o de perfeccionamiento, no se deja orientar por ninguna finalidad, deshace el orden precedente pero conserva su consecuencia arriesgada y azarosa.

La des-coincidencia es exploratoria, desemboca en lo aleatorio, en lo inventivo, en lo que no se encuentra ya previsto, en lo que puede iniciarse o abortarse. Con lo cual se instaura una libertad que desemboca en la existencia, por eso no puede prometer de antemano. Si planteamos lo que concebimos como negativo como si fuese solamente exterior, si lo volvemos el mal, entonces conviene excluirlo. Ese mal es un escándalo o un enigma porque no entra en ninguna razón de las cosas e incita a librarse de él.

También puede pasar que en lugar de reberlarnos contra lo que nos choca y tratar de excluirlo, aspiremos a incluirlo en el orden del mundo. Pero seguiría siendo algo externo. Ya no se trata de que lo negativo coopere en el orden del todo, forme parte de la gran economía de las cosas, sino que esta vez por una integración verdaderamente interna en tanto que trabajando en el interior de todo “si mismo” esta un determinado negativo, que se torna neg-activo, desuniendo a ese sí mismo de sí mismo, y lo lleve a su desarrollo (personal)

Pensar en una ética de la des-coincidencia reside en el principio de mi capacidad para no dejar que mi vida se circunscriba en su mundo. Sino para alzarla, arriesgarla más allá. Por lo cual, vivir des-coincidiendo es en primer lugar no quedar preso dentro de las propias adherencias. El pantano en el que la vida se empantana no es solamente la costumbre, sino que proviene del hecho de que cada ser o cada cosa, han caído en una relación de adecuación-adaptación. Éticas que apelan a la des-coincidencia para extraer a la vida de su encierro en su mundo: para limpiarla de la positividad que segrega su normalidad, sacarla de su inercia y devolverla a su auge, por más azaroso que sea. Necesito del otro para des-coincidir del encierro que se atasca en mí. Por tal motivo, la relación con el otro no es secundaria, sino que está en el inicio de la ética y es su condición. Por eso la ética no tiene que atarse de reglas o mandamientos, sino que está en esa exigencia de la des-coincidencia

La única definición consiste en sustraerse de toda definición posible. Todas las definiciones del hombre coinciden con un prejuicio. La creatividad no proviene tanto de una libertad declarada, sino más bien de la disidencia que se introduce respecto de las coherencias establecidas de las cuales el mismo distanciamiento enseguida resulta promotor. Cuando trabajamos para adaptar e incluir corremos también un riesgo, mortificante y muchas veces adormecedor. Interrogatorios clínicos que buscan extraer verdades de los cuerpos, no consideran el vínculo entre la verdad que suponen y las torturas que ejecutan para producir presencias que denuncias ausencias. Restos espectrales que algunos decidieron bautizar luego Trastornos del espectro (Autista). Los espectros resultan amenazadores porque exponen la tenue brecha que separa a los vivos de los muertos, a los normales de los enfermos, al yo del otro. La inquisición persiguió herejes internos, no solo por jurisdicción, sino porque allí hay más riesgos. Ese otro "interno" lo que pone bajo amenaza es la pureza.

No más vidas dedicadas a evitar la muerte y/o las estigmatizaciones, no más represión de las discrepancias y las disidencias. ¿Cómo construir clínicas y políticas que permitan habitar inconscientes experienciales? ¿Cómo hacerle lugar a las preguntas por las existencias? No más inquisiciones clínicas.

Bibliografía

- Altobelli H., Grandal L. Compiladores (2017): "Entreveros y afinidades 2. Clínica vincular. Construcción de dispositivos en clave de hibridación". Buenos Aires.
- Altobelli H., Grandal L. Compiladores (2020): "Entreveros y afinidades 3. Color piel. Clínica, racismos y psicopolítica". Buenos Aires.
- Avrane, Patrick (2021). Casas. Cuando el inconsciente habita los lugares. Buenos Aires. Ediciones La Cebra
- Berenstein, I. (2004): "Devenir otro con otros". Buenos Aires. Ed. Paidós
- Deleuze, G. (2008): "En medio de Spinoza". Buenos Aires. Ed. Cactus
- Jullien, F. (2013): "Cinco conceptos propuestos al psicoanálisis". Buenos Aires. El cuenco de plata
- Jullien, F. (2018): "Vivir existiendo". Buenos Aires. El cuenco de plata
- Jullien, F. (2021): "Des-coincidencia". Buenos Aires. El cuenco de plata
- Kleiman, Sonia. Compiladora (2016): "Diálogos en construcción". Buenos Aires. Del Hospital Ediciones
- Lopez Petit, S. (2015): "Breve tratado para atacar la realidad". Buenos Aires. Tinta Limón ediciones.
- Morín, Edgard (2004). "La epistemología de la complejidad" Gazeta de antropología nro. 20 Texto 20-02
- Nancy, JL (2014): "¿Un sujeto?". Buenos Aires. Ediciones La Cebra
- Puget, Janine (2015): "Subjetivación discontinua y psicoanálisis". Buenos Aires. Lugar Editorial
- Rodriguez, J. (2015): "Soñar con los dedos. Entre Freud y Winnicott" Ed. Letra Viva. Bs.As.
- Rolnik, S. (2006) Cartografia sentimental. Transformações contemporâneas do desejo. Prefácio y cap. 1. UFRGS Editora. Porto Alegre.
- Rolnik, S. (2019): "Esferas de la insurrección". Buenos Aires, Tinta Limón ediciones.

Schuster, Felix G. (1985) "Los límites de la objetividad en ciencias sociales", en Gaeta y Robles, NOCIONES DE EPISTEMOLOGÍA. EUDEBA, Buenos Aires.

Stengers y Pignard (2018). "La brujería capitalista". Buenos Aires. Hekht libros.

Taylor, Charles (1985) "La teoría social como práctica", en PHILOSOPHY AND THE HUMAN SCIENCES, [trad. de uso interno], Cambridge University Press.

Vasen, J. (2015): "Autismos ¿espectro o diversidad? Familias, maestros y profesionales ante el desafío de repensar etiquetas" Colección conjunciones. Buenos Aires.

Viveiros de Castro, E. (2013) "La Mirada del Jaguar". Buenos Aires. Tinta Limón.

Winnicott, D. (1971): "Realidad y Juego". Editorial Gedisa. Buenos Aires.